



MUJERES, FAMILIA Y TRABAJO

Alejandra de Arce

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector  
Mario E. Lozano

Vicerrector  
Alejandro Villar

*Mujeres, familia y trabajo.  
Chacra, caña y algodón  
en la Argentina (1930-1960)*



Bernal, 2016

Colección Convergencia. Entre memoria y sociedad  
Dirigida por Noemí M. Girbal-Blacha

De Arce, Alejandra  
Mujeres, familia y trabajo: chacra, caña y algodón en la  
Argentina: 1930-1960 / Alejandra de Arce. - 1a ed. - Bernal:  
Universidad Nacional de Quilmes, 2016.  
320 p.; 22 x 15 cm. - (Convergencia)

ISBN 978-987-558-374-0

1. Historia Argentina. 2. Campo. 3. Trabajo de Mujeres. I. Título.  
CDD 305.4

*Ilustración de tapa:* Carrito cargado de caña de azúcar. Tucumán, c. 1946. Archivo  
General de la Nación.

© Alejandra de Arce, 2016

© Universidad Nacional de Quilmes, 2016

Universidad Nacional de Quilmes  
Roque Sáenz Peña 352  
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires  
República Argentina

editorial.unq.edu.ar  
editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-374-0

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

*Impreso en Argentina*

Esta edición de 500 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2016  
en los talleres gráficos BMPress, Av. San Martín 4408, Ciudad Autónoma de Buenos  
Aires, Argentina.

## ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS . . . . .	13
INTRODUCCIÓN . . . . .	17
CAPÍTULO I. DIVERSIDAD REGIONAL: LA PAMPA Y EL NORTE ARGENTINO. DESDE LA CRISIS DE 1930 A LOS AÑOS SESENTA . . . . .	63
CAPÍTULO II. LAS MUJERES ENTRE EL ÉXODO Y EL ARRAIGO FAMILIAR EN EL CAMPO . . . . .	115
CAPÍTULO III. TRABAJO, IDENTIDADES E IMÁGENES. REPRESENTACIONES DE LA VIDA COTIDIANA . . . . .	159
CAPÍTULO IV. ENTRE LA FAMILIA Y LA CHACRA, EN LAS PAMPAS Y EL NORTE ARGENTINO . . . . .	193
CAPÍTULO V. LAS MUJERES EN CORPORACIONES RURALES . . . . .	247
CONCLUSIONES . . . . .	281
BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES . . . . .	291

## SIGLAS Y ABREVIATURAS

AGN	Archivo General de la Nación
ACA	Asociación de Cooperativas Argentinas
ACI	Alianza Cooperativa Internacional
AFAR	Asociación Femenina de Acción Rural
CAN	Consejo Agrario Nacional
CAP	Corporación Argentina de Productores de Carnes
CARBAP	Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa
CCJ	Consejo Central de Juventudes Cooperativistas
CFI	Consejo Federal de Inversiones
CNA	Censo Nacional Agropecuario
CNP	Censo Nacional de Población
CONINAGRO	Confederación Intercooperativa Agropecuaria
COOPERAR	Confederación Cooperativa de la República Argentina
CRA	Confederaciones Rurales Argentinas
EEAOC	Estación Experimental Agrícola Obispo Colombres
FAA	Federación Agraria Argentina
FAO	Food and Agriculture Organization of The United Nations
FATRE	Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores
IAPI	Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio
INTA	Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria
JAC	Juventudes Agrarias Cooperativistas
LC	<i>La Chacra</i>
MAN	Ministerio de Agricultura de la Nación
MMAL	Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha
MSA	Museo Social Argentino
MUCAAR	Mujeres Campesinas y Aborígenes de la Argentina
PCP	Primer Congreso de Población
PEA	Población económicamente activa
REA	<i>Revista de Economía Argentina</i>
SRA	Sociedad Rural Argentina
UATRE	Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores
UCAL	Unión de Cooperativas Algodoneras
UCAR	Unidad de Cambio Rural

*A mamá y a Martín, que dan sentido a mi  
trabajo de investigación cada día*

*A quienes protagonizaron estas historias,  
cuyos fragmentos intenté reconstruir*

## AGRADECIMIENTOS

La escritura de una tesis es un largo proceso en el que, como en la historia, intervienen múltiples actores, en distintas etapas, por razones diversas, para que la investigación que se proyectó pueda llegar a finalizarse. En este sentido, una tesis es un trabajo colectivo, aunque el mismo hecho de ser una indagación original la convierte en una labor irreductiblemente individual, donde las decisiones, opciones narrativas y las búsquedas debe realizarlas quien diseña y emprende este camino del conocimiento.

Mi tesis doctoral defendida en la Universidad Nacional de Quilmes en agosto de 2013 da origen a este libro, que conserva su estructura inicial al tiempo que incorpora las observaciones que surgieran al momento de su evaluación. En su escritura, quedaron expresados tanto mi propio recorrido académico como la colaboración incondicional de muchas personas que merecen ser mencionadas especialmente. En primera instancia, quisiera agradecer a mi directora, la doctora Noemí Girbal-Blacha, por su guía y estímulo constantes, por su respeto, sus inestimables sugerencias, pero sobre todo, por su generosidad, cariño y amistad. Su confianza y apoyo posibilitan la edición de este libro.

A mi codirectora, la doctora Talía Gutiérrez, quien comparte mi afición por conocer la vida de las mujeres y las familias en el campo; ella ha escuchado pacientemente cada una de mis inquietudes, aportando sus valiosos comentarios y, sobre todo, aliento y entusiasmo para seguir adelante en los últimos y fundamentales momentos de la escritura de la tesis.

A Graciela Mateo, por su preocupación en el día a día, por su afecto y su corazón enorme, siempre dispuesta a ayudarme. A Silvia Ospital por estar siempre atenta e interesarse en mis avances. A quienes asumieron la responsabilidad de ser jurados de este trabajo, las doctoras Beatriz Moreyra y Gabriela Schiavoni y el doctor Adrián Gustavo Zarrilli, por la lectura atenta, los señalamientos puntuales y las inestimables sugerencias.

A mis amigos y amigas, compañeros y compañeras del Centro de Estudios de la Argentina Rural, por compartir cada uno de los pasos de esta investigación, por sus lecturas críticas, por construir un espacio de diálogo y ofrecerme auxilio en todo momento.

A la Universidad Nacional de Quilmes, al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) y a la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, que apoyaron y financiaron esta investigación.

A María Silvia Leoni, Hugo Beck y Mariana Giordano, del Instituto de Investigaciones Geohistóricas (IIGHI-Conicet) de la Universidad Nacional del Nordeste, por su amable colaboración durante mi tiempo de estancia de investigación en Resistencia, Chaco.

A Daniel Campi, María Celia Bravo y a todos los investigadores, becarios y personal de apoyo del Instituto Superior de Estudios Sociales (ISES-Conicet), de la Universidad Nacional de Tucumán, por su colaboración en mi estadía en esta institución.

A Cristina Biaggi, quien desinteresadamente me ofreció su tiempo, conocimiento y amistad para recorrer el mundo cañero tucumano. A Mira Díaz por su grata compañía y por compartir la historia de su infancia en un ingenio azucarero.

A Stella Maris Zoppi, coordinadora de Referencia y Atención al Usuario del Centro de Documentación e Información (CDI) del Ministerio de Economía de la Nación, quien respondió atenta y solícitamente cada uno de mis pedidos. A Clara M. Rodríguez, del Museo Histórico Municipal de General Belgrano, por su amistad, por su esmero e invaluable colaboración.

A los y las responsables de las bibliotecas, archivos y repositorios sin cuyo concurso y paciencia esta investigación no hubiera sido posible: del Banco Central de la República Argentina, de la Sociedad Rural Argentina, del Ministerio de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos de la Nación, del IIGHI, del Archivo General de la Nación, de la Biblioteca Nacional, del ISES, de la Casa Histórica de la Independencia, de la Legislatura de la Provincia de Tucumán, de la Universidad Nacional de Quilmes, del Congreso de la Nación, de la Biblioteca y Hemeroteca Municipal de Pergamino, del Archivo Histórico de la Provincia del Chaco, del Museo del Hombre Chaqueño. A los responsables del Departamento de Fotografía del Archivo General de la Nación.

Un agradecimiento especial y sincero les debo a aquellas personas que me abrieron las puertas de sus hogares y los arcones de sus memorias, cuya contribución resultó indispensable para pensar las familias rurales pampeanas, algodoneras, cañeras, su vida cotidiana y el complejo mundo del trabajo agrícola regional. A Elsie, Horacio y Alicia, Dino, Teresa, Héctor, Celina, Juan y Tona, Carlos y María Teresa, Amalia, Isabel, Irma y María B., Chabela y Miguel, Nilda y Julio, María D., Cristina, Emilce y Zoila, Eva, Tita y María K. Aunque algunos ya no están entre nosotros, sus recuerdos quedan inscriptos en este relato.

La investigación que contiene este libro es también una empresa que excede el mundo académico. Agradezco el apoyo de mis amigos y amigas,

que en el tiempo de escritura de la tesis consiguieron que este camino fuera menos arduo. A Fernanda Yankowycz, por su amistad de toda la vida y porque alguna vez, hace largo tiempo, me convenció de volver a la universidad. A Alejandra Salomón, Marina Poggi y Ximena Carreras Doallo por los viajes, las reflexiones, el tiempo y cariño que nos unen hace tantos años. A Isabel Patiño Alcívar, porque los lazos son más fuertes que la distancia. A Luciano Ciminieri, por su tiempo y creatividad invertidos en cada uno de mis proyectos.

Por último, quiero expresar mi infinito agradecimiento para con mi familia. A mi mamá, María González, por su incalculable apoyo, por su amor, su cuidado, su paciencia y por enseñarme a seguir un sueño, por creer en mí desde siempre. A mi papá, Hugo de Arce, por su cariño y confianza. A mi hermano Ariel, que es un ser especial en mi vida. A mi abuela Teresa Paredes de de Arce, por su incansable ayuda al cuidado de sus tres bisnietos.

El amor incondicional de mis hijos Lucas, Santiago y Joaquín –que tempranamente entienden de qué se trata este mundo enigmático de la “investigación”– es la fuente de inspiración para seguir adelante, más allá del cansancio. Agradezco a mi esposo, Martín Noguera, por asumir la dirección de la vida doméstica en toda su complejidad, por el oportuno té de la madrugada, por aliviar mis preocupaciones, por valorar mi trabajo y atravesar conmigo todo el largo proceso que se cerró (y se abrió) con la escritura de la tesis... que hoy se ha transformado en este libro.



## INTRODUCCIÓN

La acción de la mujer en el campo es de utilidad irremplazable.

EL IMPARCIAL<sup>1</sup>

En el año 2001, el Congreso de la Nación sanciona la Ley N° 25.431, por la cual instituye al 15 de octubre como Día de la Mujer Rural, otorgándole a esta reconocimiento oficial y adhiriendo a iniciativas similares adoptadas por otros gobiernos a nivel mundial. La idea de celebrar un día como este surge durante la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, organizada por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y celebrada en Beijing en 1995. Hacia fines del siglo XX, los organismos internacionales advierten tanto el protagonismo femenino en la subsistencia de las familias rurales en situación de pobreza como las dificultades que enfrentan al ser jefas de hogar, respecto de la limitada accesibilidad a los recursos básicos, a la capacitación y al sistema financiero. Son ellas quienes cultivan, cosechan, atienden el ganado y cazan o pescan los alimentos para la familia, llevan agua y leña a la casa, y preparan y cocinan los alimentos. Entonces, la inversión en la instrucción de las mujeres rurales significa asegurar las soberanías alimentarias.<sup>2</sup>

En la Argentina de los últimos años, la inclusión de la perspectiva de género tanto en los censos agropecuarios como en los distintos programas sociales destinados al sector, a nivel nacional y provincial, ha enriquecido los análisis de la realidad agraria nacional. Asimismo, ha contribuido a revelar las diversas situaciones en que se encuentran las mujeres del ámbito rural en las distintas regiones del país, otorgándoles visibilidad y protagonismo en la gestión de las actividades productivas.

En los Programas y Proyectos que gestiona la Unidad para el Cambio Rural (UCAR) para elevar la calidad de vida de los productores familiares, el Programa Regional de Fortalecimiento Institucional de Políticas de Igualdad de Género en la Agricultura Familiar del Mercosur tiene como objetivo prin-

<sup>1</sup> *El Imparcial*, General Belgrano, Buenos Aires, 14 de febrero de 1952.

<sup>2</sup> FAO, "Día mundial de la mujer rural-15 de octubre", <<http://www.fao.org/noticias/1997/971005-s.htm>>, 1997, consultado el 21/10/2014.

cial la inserción efectiva de las mujeres en las políticas públicas para el desarrollo rural. El estudio de los aspectos que dificultan o estimulan el acceso de las mujeres rurales a la tierra, al crédito, a la asistencia técnica, a la comercialización y a los espacios de participación social sustenta la elaboración de propuestas de políticas públicas atentas a la equidad de género, destinadas a fortalecer las capacidades de los tomadores de decisión, otros actores del sector público, agricultores familiares y equipos técnicos mediante actividades de formación y capacitación.<sup>3</sup>

Desde los programas de inclusión de pequeños productores agropecuarios, el Ministerio de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos realiza diagnósticos periódicos del sector que relevan la vida cotidiana de esas mujeres, en el marco de propuestas de desarrollo rural, que impulsan estrategias y políticas para la equidad de género en áreas agrícolas y pecuarias.<sup>4</sup>

Así, entre otras iniciativas, se crea en 1989 el Proyecto Mujer Campesina dependiente de la Dirección de Desarrollo Agropecuario de esta repartición estatal argentina. Dirigido al estudio y fortalecimiento de las mujeres rurales en el Noroeste argentino, pretende destacar su trabajo y su reconocimiento como productoras, mejorando las condiciones laborales y facilitando el acceso a los programas de desarrollo rural a través de la participación y la promoción de la organización.

Su publicación *Campesinas* está dedicada a reforzar la “identidad, dignidad y autonomía” de las Mujeres Campesinas y Aborígenes de la Argentina (MUCAAR). Vinculada a las unidades regionales del Programa Social Agropecuario, el Proyecto conforma una activa interrelación entre agentes estatales y ciudadanas, que se expresa en reuniones anuales. Allí se encuentran representantes de todo el país con el objetivo de “mejorar la situación económica y humana de la mujer y las familias campesinas”. Este colectivo celebró la

<sup>3</sup> La inclusión de una perspectiva de género en el Censo Nacional Agropecuario recién se produce en el año 2001. La Subsecretaría de Agricultura Familiar del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación alberga una decena de programas y proyectos que apuntan al desarrollo rural respetando una perspectiva de género. Véase <[http://64.76.123.202/site/agricultura\\_familiar/index.php](http://64.76.123.202/site/agricultura_familiar/index.php)>. Sobre las funciones de la UCAR, véase <<http://www.ucar.gov.ar/?project=genero-mercosur>>.

<sup>4</sup> Biaggi, Cristina et al., *Mujeres que trabajan la tierra. Un estudio sobre las mujeres rurales en la Argentina*, Buenos Aires, Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos, Serie Estudios e Investigaciones 11, 2007, disponible en <[http://www.agroindustria.gob.ar/site/agricultura\\_familiar/mujeres\\_campesinas/03=publicaciones/01-disponibles texto completo](http://www.agroindustria.gob.ar/site/agricultura_familiar/mujeres_campesinas/03=publicaciones/01-disponibles texto completo)>; Biaggi, Cristina, “Políticas de género, pueblos originarios y tenencia de la tierra”, en Schejtman, Alejandro y Osvaldo Barsky (comps.), *El desarrollo rural en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, pp. 355-418. Véase también Biaggi, Cristina, “Situación actual y políticas para la equidad de género en áreas rurales”, Documentos del Proyecto Argentina Rural, Informes Transversales, <<http://www.rimisp.org/getdoc.php?docid=3473>>.

elección de Nely Solorza como diputada provincial en Santiago del Estero, y como “primera legisladora campesina”.<sup>5</sup>

El mismo interés por la adopción de una perspectiva de género en las políticas agropecuarias es compartido por las integrantes de TRAMA, la Red Nacional de Técnicas e Instituciones que Trabajan con Mujeres Rurales. Este organismo, constituido en mayo de 1996, reúne un equipo interdisciplinario de 60 técnicas pertenecientes a 27 instituciones gubernamentales y no gubernamentales dedicadas a orientar al sector. Muchas de sus integrantes trabajan en el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), organismo público que resalta su compromiso con el “empoderamiento de las productoras y la búsqueda de mejoras en su calidad de vida”, al tiempo que se inscribe en una tendencia internacional de visibilización del trabajo de las mujeres del campo: “la necesidad de trabajar con la agricultura de género e identificar a la mujer como productora, trabajadora y sujeto de derechos es algo actual. La Unidad para el Cambio Rural trabaja en eso y desde diferentes instancias como, por ejemplo, en Pro-Huerta las mujeres son destinatarias del accionar institucional”.<sup>6</sup>

Otro espacio de acción tradicional que “conquistaron” las mujeres rurales queda representado por la Red Nacional de Mujeres dentro de la Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (UATRE) creada en mayo de 2001, cuya Acta Constitutiva señala como su “finalidad esencial la elevación social, cultural y moral de las mujeres rurales de todo el país”.<sup>7</sup> Una manera de pensar las políticas sobre las mujeres campesinas que evidencia raíces históricas y coincide con la prédica del INTA. En el año 2004, se crea como parte de la UATRE la Secretaría de la Mujer, hoy Secretaría de Igualdad de Oportunidades y Género, que realiza anualmente encuentros nacionales y regionales de mujeres rurales.<sup>8</sup>

Son objetivos de esta organización: “mejorar la calidad de vida de las trabajadoras rurales, y de todas aquellas mujeres que se encuentran vinculadas a la actividad del campo; fomentar el desarrollo de la mujer en el ámbito rural, reconociendo y respetando sus derechos y propiciar la regularización laboral, el mejoramiento de sus condiciones de trabajo y el acceso a una Libreta de Trabajo Rural, buscando el mejoramiento de su calidad de

<sup>5</sup> *Campesinas*, Revista de MUCAAR, Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos, año 15, N° 27, 2009, p. 6.

<sup>6</sup> INTA, “La mujer en el campo: reconocimiento y visibilidad”, <<http://intainforma.inta.gov.ar/?p=15586>>, 2013, consultado el 22/10/2014.

<sup>7</sup> UATRE, Red Nacional de Mujeres Rurales, <[http://www.uatre.org.ar/sitio\\_red\\_mujeres/gmujeres.htm](http://www.uatre.org.ar/sitio_red_mujeres/gmujeres.htm)>, consultado el 22/10/2014.

<sup>8</sup> En 2008 participa en la organización del Primer Encuentro Latinoamericano de Mujeres Rurales.

vida y concretando, de esa manera, la dignificación de la familia rural”.<sup>9</sup> Para lograr estos propósitos, esta Secretaría integra varios proyectos que se desarrollan como parte de la agremiación rural: Programa de Alfabetización Rural, Programa Derechos en Plano de Igualdad, Programa Mujer Artesanal y Programa Ayuda a la Comunidad Escolar Rural. Cuenta hoy con 13.800 afiliadas.

Las corporaciones agrarias más antiguas no escapan a la tendencia de incluir miembros femeninos. Mujeres Federadas, “ala femenina” de la Federación Agraria Argentina,<sup>10</sup> surge en 1995 con el objetivo de “lograr una activa y protagónica participación de la mujer en su conducción institucional”. Según su coordinadora nacional Mónica Polidoro, esta sección de la Federación se basa en “el compromiso participativo, la confianza, el sentido de pertenencia, la solidaridad y la cooperación [como conceptos que conducen a] visualizar la necesidad de organizarse institucionalmente. Son esos valores los que aseguran la conformación y funcionamiento de una red que represente y gestione, que construya y participe, que luche y defienda los valores de la familia agraria”.<sup>11</sup>

Simultáneamente, la formación en 1995 del Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha (MMAL) ha ganado gran repercusión y diversos estudios se han dedicado a indagar las motivaciones, intereses y sentidos que informan esta renovada visibilidad de las mujeres en el campo argentino. Las mujeres del MMAL defienden los destinos de sus familias y sus explotaciones rurales a fines de los años noventa durante una grave crisis económica, que se manifiesta en sus hogares como consecuencia del endeudamiento adquirido en esa década. Su participación en el Movimiento “implica también un proceso de elaboración interno: las mujeres modifican su percepción acerca de sí mismas. Allí donde fueron ‘mujeres’ constituidas como actores sociopolíticos invisibles, penetran en la esfera de lo público... y, por consiguiente, [se tornan] visibles”.<sup>12</sup>

<sup>9</sup> Véase <[http://www.uatre.org.ar/sitio\\_red\\_mujeres/red\\_mujeres\\_uatre.pdf](http://www.uatre.org.ar/sitio_red_mujeres/red_mujeres_uatre.pdf)>.

<sup>10</sup> Que desde sus orígenes en 1912 incluye a las mujeres en los clubes Juventud Agraria. Véase Gutiérrez, Talía, “Corporaciones agrarias, juventudes y Estado. Argentina (1960-2010)”, en Girbal-Blacha, Noemí y Sonia Regina de Mendonça (dirs.), *Corporaciones agrarias y políticas públicas en América Latina*, Rosario, Prohistoria, 2013, pp.127-157.

<sup>11</sup> Véase <<http://www.faa.com.ar/?sec=mujeres>>.

<sup>12</sup> Bidaseca, Karina, “Negadas a la existencia y condenadas a la desaparición. Un estudio acerca de las luchas de las mujeres rurales en Argentina y Brasil desde la perspectiva de género”, en Giarracca, Norma y Bettina Levy (comps.), *Ruralidades latinoamericanas. Identidades y luchas sociales*, Buenos Aires, Clacso, 2004, p. 390. El Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha ha suscitado múltiples investigaciones. Véanse: Lattuada, Mario, “Movimientos sociales y nuevos actores en la agricultura argentina. El caso del Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha”, *Papeles de Nombre Falso*, 2002,

La Sociedad Rural Argentina (SRA), por su parte, incorpora una Comisión de Productoras Agropecuarias desde fines de octubre de 2003. Esta iniciativa intenta que las mujeres del sector agropecuario acerquen sus ideas, inquietudes o participen de ciclos de capacitación, según señala Cristina Manzano, jefa de Relaciones Institucionales y coordinadora de esta Comisión.<sup>13</sup> Asimismo, la Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa (CARBAP) cuenta entre sus filas a la única dirigente rural del país que llega a ser vicepresidente de Confederaciones Rurales Argentinas (CRA), María del Carmen Neyra, como también a varias mujeres que presiden sociedades rurales locales y otros puestos de conducción en esta entidad agraria.<sup>14</sup> Si bien la institucionalización de la participación de las mujeres en las corporaciones agrarias es relativamente reciente, históricamente actuaron –de manera informal– aportando su contribución en los movimientos de los productores del agro.

En el mismo sentido, la Confederación Cooperativa de la República Argentina (COOPERAR) impulsa desde 2001 una “Estrategia para la promoción de la Equidad de Género” planteada por la Alianza Cooperativa Internacional para las Américas (ACI-Américas). El Comité Regional de Equidad de Género de la ACI y el Centro Cooperativo Sueco desarrollan desde 2009 un proyecto regional cuyo propósito es construir un modelo cooperativo “especializado de formación integral de mujeres y un modelo de trabajo para la incidencia política”.<sup>15</sup>

Por su parte, la Confederación Intercooperativa Agropecuaria (CONINAGRO) –entidad que ejerce la representación gremial del sector agropecuario solidario desde 1956– realiza un diagnóstico participativo con el fin de analizar la situación de las mujeres en el movimiento cooperativista agra-

<<http://www.nombrefalso.com.ar/index.php?autor=8>>, consultado el 12/12/2013; Giarracca, Norma, “El Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha: protesta agraria y género durante el último lustro en Argentina”, en Giarracca, Norma (comp.), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*, Buenos Aires, Clacso, 2001; Isla, César, *El Movimiento de Mujeres en Lucha y el plan de convertibilidad. Lucha por la tierra y formulaciones para salir de la crisis*, Rosario, Universidad Nacional de Rosario, 2004; Felitti, Karina, “Hacia una historia del Movimiento Mujeres en Lucha. Género, sexualidad y política”, *Razón y Revolución*, N° 5, otoño de 1999.

<sup>13</sup> Santiago, Silvana, “La alianza femenina con la tierra”, *La Nación online*, 2004, <[http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota\\_id=579694](http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=579694)>, consultado el 7/1/2014. En 2009, Mercedes Lalor, quien presidía la Sociedad Rural de Villegas, se convierte en la primera mujer en acceder a la Comisión Directiva de la SRA.

<sup>14</sup> Véase <<http://prensacarabap.blogspot.com/2008/10/carabap-saluda-la-mujer-rural-en-suda.html>>; <[http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota\\_id=933328](http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=933328)>.

<sup>15</sup> “ACI-Américas se suma a los esfuerzos del SCC para consolidar y expandir su modelo de formación Integral Cooperativa especializada para la equidad de género”, <<http://www.aciamerica.coop/ACI-Americas-se-suma-a-los>>.

rio, atendiendo a sus propios testimonios. Esta iniciativa –compartida por COOPERAR– revela la preocupación de estas confederaciones por conocer los factores culturales, psicosociales y estatutarios que inciden en los liderazgos femeninos.<sup>16</sup>

En todo caso, estas movilizaciones, las “nuevas” prácticas de participación gremial y de dirigencia corporativa, sacan de foco la vigencia de la invisibilidad y silencio de otros grupos de mujeres del campo y señalan diferencias en la construcción de las identidades y de acceso a la reflexión acerca de su condición de género. A pesar del paso del tiempo y de las modificaciones en ciertas prácticas vinculadas a la división sexual del trabajo, la continuidad de los mandatos del “orden patriarcal” se expresa en la reproducción de estructuras de poder, que continúan situando a las mujeres agrarias como subordinadas a los varones, inclusive en relación con la herencia de la tierra.<sup>17</sup>

Sin embargo, estos acontecimientos –la politización, la vigencia de la invisibilidad y la subordinación de las mujeres del campo argentino– adquieren mayor notoriedad si se piensan desde una perspectiva histórica.

La dificultad de registro de la presencia femenina individual en el mundo rural ha sido señalada reiteradamente en relación con la escasa fiabilidad de los datos estadísticos para dar cuenta de su condición.<sup>18</sup> En este sentido, se afirma que en los ámbitos urbanos, “el trabajo en el área del peridomicilio, que generalmente ha significado relaciones económicas, suele ser visto como parte de las funciones domésticas y, para las mujeres, es difícil establecer su diferencia entre los otros cuidados del hogar”.<sup>19</sup>

Esta imposibilidad de registrar individualmente las actividades femeninas cotidianas se agudiza en las áreas rurales. Allí, las mujeres quedan subsumidas en el hogar y la familia, que se entienden como sus espacios de dominio y acción, desde donde construyen sus identidades. Su trabajo “colabora” con el del hombre y es considerado parte de la producción familiar, en un medio donde las “fronteras” entre lo productivo y lo reproductivo son

<sup>16</sup> *Integración. Revista institucional de CONINAGRO*, Buenos Aires, septiembre de 2012; Gómez, María Teresa, “Liderazgo de la mujer en la cooperativa”, en Congreso Argentino de las Cooperativas, Rosario, 6 y 7 de septiembre de 2012.

<sup>17</sup> Muzlera, José, *Chacareros del siglo XXI. Herencia, familia y trabajo en la Pampa Gringa*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2009; Ferro, Lilián, *Género y Propiedad rural*, Buenos Aires, Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos, 2008, entre otros.

<sup>18</sup> Torrado, Susana, *Estructura social de la argentina: 1945-1983*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1992; Lobato, Mirta, *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Buenos Aires, Edhasa, 2007; Gutiérrez, Talía, *Educación, agro y sociedad. Políticas educativas agrarias en la región pampeana, 1897-1955*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2007.

<sup>19</sup> Barrancos, Dora, *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2007, p. 140.

poco claras. Así, los trabajos de las mujeres en el agro permanecen ocultos, desvalorizados históricamente. Algunas investigaciones aluden a las largas jornadas de las trabajadoras del mundo rural, pero no se remiten al análisis específico de las mujeres que en el silencio del campo cumplen con los roles que han sido preestablecidos y se elaboran para ellas, una y otra vez, en los distintos contextos históricos, más allá de las posibles resignificaciones prácticas. Los significados culturales ligados a las relaciones de género incluyen para estas mujeres más deberes u obligaciones que para el resto. En estas condiciones, la ponderación de nuevas fuentes para el análisis de las representaciones de género y de las tareas “femeninas” es central para recuperar de la invisibilidad histórica a las mujeres del campo argentino.

Esta investigación tiene como objetivo primordial describir, interpretar y comparar las representaciones sociales y experiencias de las mujeres rurales, en las familias y en el trabajo del mundo agrario nacional; específicamente los referidos a la Región Pampeana y al Norte argentino entre 1930 y 1960. Tiempos en los cuales las crisis y las transformaciones económicas –dirigidas por el Estado nacional– reconfigurarán los discursos referidos al mundo rural y sus pobladores, cuyas especificidades regionales son singularmente ricas para ser analizadas desde una mirada histórica.

Se busca, por un lado, confrontar y evaluar las representaciones de las relaciones de género producidas desde los discursos burocrático-estatales, los de grupos de opinión, los de corporaciones rurales y de medios de comunicación dirigidos tanto al ámbito agrario como al público en general, teniendo en cuenta sus condiciones de producción y circulación, para señalar sus similitudes y diferencias, continuidades y cambios. Se pretende, además, rastrear y comparar significados y percepciones acerca de las mujeres del campo –chacareras, obreras, campesinas– en discursos producidos por mujeres de las élites regionales, quienes se insertan en el espacio público con iniciativas de beneficencia y asistencia social. Saber si existen posibilidades de participación para las mujeres en las corporaciones agrarias es también un objetivo secundario de este libro.

Al mismo tiempo, y a través de la metodología de la historia oral, se articulan las memorias individuales con su marco social, como oportunidades de escuchar las “voces ocultas” de aquellas mujeres que vivieron y trabajaron en el mundo rural pampeano y norteno, cuyas vidas están al margen del poder y la visibilidad; situación que contribuye a la indocumentación de sus vivencias y revela aspectos complejos de la producción agraria regional que no siempre las fuentes impresas registran.

Las hipótesis iniciales de esta investigación sostienen que las mujeres ocupan un lugar primordial en la producción agraria, especialmente en los

emprendimientos familiares. Sus roles y trabajos son reforzados a través de los medios de comunicación, de las agencias estatales (sus agentes y publicaciones), de las corporaciones agrarias y, también, a partir de la transmisión oral de las “tradiciones familiares” y sociales.<sup>20</sup> Cada espacio regional otorgará una especificidad a los trabajos y lugares asignados simbólicamente a las mujeres, creando rasgos identitarios para ellas, marcados por la producción agrícola en que transcurren sus vidas. El porqué de la escasa visibilidad del trabajo de las mujeres en el campo merece ser analizado históricamente y, en tal sentido, las experiencias de las protagonistas pueden aportar a cumplir con el objetivo propuesto y también a comprender la vigencia en el largo plazo de estos temas.

Las producciones regionales que son escenario de esta indagación –delimitada por dos momentos críticos del agro nacional, las décadas 1930 y 1960– comprenden aquellas radicadas en la Región Pampeana, cerealera-forrajera, el Nordeste argentino y su economía algodonera, cuya principal región histórica es el territorio chaqueño y, en el Noroeste, la explotación de la caña de azúcar, que concentra en Tucumán, tanto la mayor cantidad de surcos y elevada productividad del período, como la existencia de una estructura agraria dominada por la presencia de cañeros familiares (pequeños y medianos), desde 1918 organizados como cañeros independientes.

#### LA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICO-CULTURAL DEL GÉNERO

Del carácter interdisciplinario de los estudios de género se deriva la necesidad de articular una perspectiva teórica que permita percibir la complejidad de la vida cotidiana de las familias agrarias pampeanas y norteñas. Una perspectiva especialmente construida para contribuir al análisis del lugar de las mujeres en este núcleo primario de organización social y productiva en la Argentina, a mediados del siglo XX.<sup>21</sup> El enfoque debe dirigir su mi-

<sup>20</sup> Paul Thompson se refiere al campo de los mitos y las tradiciones orales, como fuente de investigación de la historia oral. Señala que los ángulos más interesantes de este campo son aquellos que remiten directamente a la experiencia de la vida contemporánea. Asimismo, afirma que “las influencias transgeneracionales en las familias son un ejemplo fascinante de cómo las tradiciones pueden ser mezcla de, por un lado, modelos directamente observables –como el de una abuela que provee a su nieta de un ejemplo de maternidad independiente– y, por el otro, de mitos simbólicos que no obstante pueden ser una poderosa influencia para la formación de identidad”. Thompson, Paul, “Historia oral y contemporaneidad”, *Anuario*, N° 20, Rosario, Escuela de Historia, Universidad Nacional de Rosario, 2004, p. 25.

<sup>21</sup> Berger, Peter y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 2007; Tannen, Deborah, *Género y Discurso*, Barcelona, Paidós, 1996.

rada y encaminar heurísticamente la interpretación de las representaciones y las experiencias del trabajo rural femenino en las chacras, algodonales y cañaverales, para ponderar las continuidades, los cambios y desequilibrios regionales del agro nacional. El planteo parte de la construcción histórico-cultural del género y comprende que en un sistema cultural/simbólico o dimensión cultural/simbólica se condensan normas, significaciones, creencias y concepciones históricamente situadas.<sup>22</sup>

Entonces, se intenta dar cuenta de la relación entre prácticas y representaciones de género, presuponiendo los efectos de sentido posibles asociados a la circulación de estereotipos en los discursos sociales.<sup>23</sup> La instrumentación de los conceptos culturales en el mundo real los somete a alguna determinación de la situación sociohistórica. Así, cuando un significado se actualiza, se realiza en un contexto determinado, pasa a un primer plano y es resaltado respecto a todos los significados posibles. La revaloración funcional de las categorías supone “la posible corrección de los signos por los sujetos [o grupos] actuantes en sus proyectos...”.<sup>24</sup> Se generan contradicciones entre el valor del signo en el sistema simbólico y sus relaciones semánticas con otros signos respecto de su valor para los individuos y grupos que lo utilizan: “en el sistema cultural, el signo tiene un valor conceptual fijado por los contrastes con otros signos; mientras que en la acción el signo es determinado también como un ‘interés’”.<sup>25</sup>

Los símbolos representan un interés diferencial para los sujetos de acuerdo a sus contextos sociohistóricos de vida; estos signos arriesgados en las prácticas son potencialmente creativos. Entonces, “la construcción de los intereses por los lenguajes disponibles en un tiempo dado siempre está limitada por los recursos desiguales (materiales, lingüísticos o conceptuales) de

<sup>22</sup> Así lo entienden Sahlins, Marshall, *Islas de Historia*, Barcelona, Gedisa, 1997; Bourdieu, Pierre, *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991; Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1983 y *Conocimiento local*, Barcelona, Gedisa, 1994.

<sup>23</sup> Se han señalado reiteradamente las dificultades para evaluar los efectos de los estereotipos de género que se transmiten en el lenguaje (hablado, escrito) y en la vida cotidiana. Existen tres maneras en las que los lectores pueden reaccionar frente a un texto: dócil, negociadora y opositora. Sólo la primera reacción muestra una aceptación literal de los mensajes, tal como fueron construidos por los enunciadores. Wainerman, Catalina y Mariana Heredia, *¿Mamá amasa la masa?*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1999, pp. 50-51.

<sup>24</sup> Sahlins, Marshall, *op. cit.*, p. 139. “La historia es ordenada por la cultura, de diferentes maneras en diferentes sociedades, de acuerdo con esquemas significativos de las cosas. Lo contrario también es cierto: los esquemas culturales son ordenados por la historia, puesto que en mayor o menor grado los significados se revalorizan a medida que van realizándose en la práctica.” *Ibid.*, p. 9.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 140.

que disponen los individuos [o grupos sociales]”.<sup>26</sup> El lenguaje nos remite al poder, en tanto capacidad de legitimar diferentes interpretaciones y elaborar consensos distintos, que repercuten en las prácticas sociales de los sujetos o grupos y, así, pueden generar cambios o mantener la vigencia de significaciones hegemónicas. Las condiciones de posibilidad de los discursos están relacionadas, de esta forma, con las posiciones sociales de los enunciadores.

El objeto fundamental de una historia que se propone reconocer la manera en que los actores sociales otorgan sentido a sus prácticas y a sus enunciados se ubica por tanto en la tensión entre, por un lado, las capacidades inventivas de los individuos o las comunidades y, por otro, las restricciones y las convenciones que limitan –de manera más o menos clara según la posición que ocupan en las relaciones de dominación– lo que les es posible pensar, decir y hacer.<sup>27</sup>

Estas convenciones están basadas en representaciones colectivas que, como esquemas de clasificación y juicio, incorporan en los individuos las divisiones del mundo social. De esta manera, el estudio de las representaciones sociales –y su construcción y circulación discursiva– permite conocer la transmisión de distintas “modalidades de exhibición de la identidad social o de la potencia política tal como las hacen ver y crear los signos”.<sup>28</sup>

Entre los discursos normativos (públicos, privados) y los diversos registros de las experiencias de las mujeres en los espacios productivos seleccionados para esta indagación, puede observarse la interacción entre el sistema simbólico y las estrategias de revalorización de categorías. Así, mientras el discurso de género ordena y delimita trabajos e identidades femeninas en el mundo rural, las contingencias históricas, regionales y las decisiones de los actores evidencian desajustes.

Se comprende cómo las crisis agrarias (con diversas y múltiples repercusiones a nivel socioeconómico, familiar, individual) permiten o impulsan la alteración –momentánea o definitiva– de los esquemas culturales que establecen la división sexual del trabajo en las chacras, habilitando posibles cambios en los significados de género. El análisis que aquí se emprende corresponde a un período signado por el intervencionismo estatal y la inestabilidad de los valores nacionales, ocurridos a la par de una reactivación de la prédica ruralista y natalista por parte de la clase dirigente;<sup>29</sup> dando paso hacia mediados de

<sup>26</sup> Chartier, Roger, *La historia o la lectura del tiempo*, Barcelona, Gedisa, 2007, p. 69.

<sup>27</sup> *Ibid.* p. 69.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 70.

<sup>29</sup> Guy, Donna, *Women build the Welfare State. Performing charity and creating rights in Argentina, 1880-1955*, Durham, Duke University Press, 2008.

la década de 1940 a la planificación estatal y una relación compleja entre los sectores agrarios –sus representantes– y los gobiernos de Juan Domingo Perón (1946-1955). En los años sesenta, una nueva crisis derivaría en la transformación del agro nacional y regional.<sup>30</sup> La vida cotidiana en las chacras familiares pampeanas, chaqueñas y tucumanas –y la persistencia de la cultura rural– está ligada a los avatares del modelo agroexportador y a las políticas públicas que lo regulan. Las mujeres rurales serán sujetos destinatarios de esas propuestas gubernamentales cuando el objeto primordial es asegurar el arraigo de las familias agricultoras, sin discutir el problema de la propiedad de la tierra.<sup>31</sup>

### Género y poder, discursos y prácticas

El enfoque a través del concepto de género propone indagar acerca de los procesos de legitimación que indican a mujeres y varones; tanto por qué deben realizar ciertas acciones como también comprender los argumentos que, fundados en universos simbólicos, les señalan por qué las cosas son de una manera determinada en un tiempo y espacio específicos.<sup>32</sup> Así, se establece que “la importancia del concepto de género queda señalada por el hecho de que la visión del mundo se organiza según las diferencias biológicas en relación con la reproducción y la producción. El sexo se esgrime como un elemento legitimador de relaciones sociales; relaciones entre los géneros en el ámbito político y económico. Masculino y femenino son, en suma, conceptos relacionados con las normas del orden social, del ejercicio del poder, de la distribución de la riqueza”.<sup>33</sup>

<sup>30</sup> Se comprende como crisis a “un momento de ruptura en el funcionamiento de un sistema, un cambio cualitativo en sentido positivo o negativo, una vuelta sorpresiva y a veces hasta violenta y no esperada en el modelo normal según el cual se desarrollan las interacciones dentro del sistema en examen”. Bobbio, Norberto, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino, “Crisis”, en *Diccionario de política. A-J*, México, Siglo XXI, 2005, p. 391.

<sup>31</sup> Véanse: Girbal-Blacha, Noemí, “Las representaciones agrarias y el Estado (1930-1955). Continuidades y cambios en el imaginario colectivo argentino”, en Girbal-Blacha, Noemí y Sonia Mendonça (coords.), *Cuestiones Agrarias en Argentina y Brasil*, Buenos Aires, Prometeo, 2007; Nari, Marcela, *Políticas de maternidad y maternalismo político*, Buenos Aires, Biblos, 2004; Barsky, Osvaldo y Jorge Gelman, *Historia del agro argentino. De la conquista hasta comienzos del siglo XXI*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009; Lattuada, Mario, *La política agraria peronista (1943-1983)*, Biblioteca Política Argentina N° 132 y N° 134, Buenos Aires, CEAL, 1986.

<sup>32</sup> Scott, Joan, “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en Lamas, Marta (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, UNAM, 1996; Scott, Joan, *Género e historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.

<sup>33</sup> Ramos Escandón, Carmen (comp.), *Género e Historia*, México, Instituto Mora, 1997, pp. 22-23.

Las construcciones simbólicas y las expectativas de rol<sup>34</sup> en torno al género se vuelven fundamentales para interpretar la circulación, en distintos campos discursivos, de ciertas concepciones o valores sociales a lo largo de la coyuntura histórica que aquí se analiza. Dicho estudio procurará relacionar los contextos históricos con los discursos<sup>35</sup> que se construyen en las fuentes respecto a la valoración de los trabajos realizados por las mujeres rurales pampeanas y norteñas y su contribución en la construcción de las identidades de género.

Comprender que “los sistemas de género... [son] conjuntos de roles sociales sexuados, así como sus relaciones y [...] sistemas de representaciones... que definen culturalmente lo masculino y lo femenino, que les dan identidad”<sup>36</sup> permitirá interpretar desde una mirada histórica tanto las representaciones culturales como las prácticas de las mujeres rurales pampeanas y norteñas (reproduzcan o no los estereotipos difundidos). Joan Scott introduce la categoría género como herramienta de análisis histórico. El género construye, desde esta perspectiva, la organización social y cultural de las relaciones entre los sexos. Estas disposiciones se pueden relevar en: símbolos y mitos, que evocan representaciones culturales múltiples y contradictorias; conceptos normativos, que manifiestan interpretaciones de los significados de estos símbolos y que afirman categóricamente el significado de varón y mujer, masculino y femenino –doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas–; instituciones sociales –parentesco, familia, mercado de trabajo, e instituciones educativas y políticas– y en identidades subjetivas.

Así, las representaciones de género se instituyen como formas primarias de las relaciones significantes de poder, sostenidas por instituciones que

<sup>34</sup> Según Berger y Luckmann, “en los orígenes de cualquier orden institucional se encuentran las tipificaciones de los quehaceres propios y de los otros... la tipificación de una forma de acción requiere que estas posean un sentido objetivo, lo que a su vez requiere una objetivización lingüística”. Berger, Peter y Thomas Luckmann, *op. cit.*, pp. 93-94. Así, los “roles” son tipos de actores (cuando tanto el yo actuante como los otros actuantes se aprehenden no como individuos únicos, sino como *tipos*) que se construyen sociohistóricamente. De esta manera, las instituciones se encarnan en la experiencia individual por medio de los “roles” que surgen en el momento de la institucionalización. Estos “roles” representan el orden institucional y se convierten en “instrumentos” de control del comportamiento. A través de su reificación, se restringe la identidad misma (como construcción dialéctica del yo con sus otros significantes) hacia una identificación total del individuo con sus tipificaciones socialmente atribuidas.

<sup>35</sup> Los discursos serán entendidos en su doble condición, como textos que construyen –de alguna manera particular– “realidades sociales” de su contexto y como dispositivos de poder que pretenden motivar en sus destinatarios ciertas concepciones, valores y significados culturales.

<sup>36</sup> Pastor, Reyna, “Mujeres, género y sociedad”, en Knecher, Lidia y Marta Panaia, *La mitad del país. La mujer en la sociedad argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1994, p. 40.

regulan la diferenciación entre los papeles, los espacios y las tareas de “lo femenino” y “lo masculino”.<sup>37</sup> Esta institucionalización corresponde a una relación cambiante y dinámica que se reactualiza en los discursos sociales. El discurso de género, de acuerdo a las diferencias históricas y culturales, funciona como mecanismo de definición y garantía de reproducción de los roles genéricos.<sup>38</sup>

El análisis que aquí se propone nos acerca a los significados asociados a las relaciones de género, vinculados a la construcción de las diferencias entre los sexos y a las concepciones ligadas al poder que se construyen en los discursos sociales que interpelan a familias productoras en la Región Pampeana (cerealero-ganadera), región algodonera chaqueña y región azucarera tucumana entre 1930 y 1960. Se advierte que:

Usar el concepto de género para designar las relaciones sociales entre los sexos plantea una ventaja: mostrar que no hay un mundo de las mujeres aparte del mundo de los varones, que la información sobre las mujeres está relacionada con la información sobre los varones. Lo que define al género es la acción simbólica colectiva. Mediante el proceso de constitución del orden simbólico en una sociedad se fabrican las ideas de lo que “deben ser” los varones y las mujeres. [El concepto de género, entonces] alude a las formas históricas y socioculturales en que varones y mujeres interactúan y dividen sus funciones. Estas formas varían de una cultura a otra y se transforman a través del tiempo.<sup>39</sup>

A través del lenguaje, comprendido este como sistema de significados, se puede advertir la función legitimadora del género. Prestar atención a los sistemas simbólicos, a las formas en que las sociedades representan el género, o “hacen uso de este para enunciar las normas de las relaciones sociales o

<sup>37</sup> Scott afirma que estas “declaraciones normativas dependen del rechazo o represión de posibilidades alternativas y, a veces, tienen lugar disputas sobre las mismas... Sin embargo, la posición que emerge como predominante es expuesta como *la única posible*”. De esta manera, advierte que la historia subsiguiente se escribe sin cuestionar que esas posiciones normativas fueran producto del consenso social más bien que del conflicto. Señala asimismo la necesidad de indicar los momentos y las circunstancias histórico-sociales y culturales en que tiene lugar la construcción de la legitimidad de estas doctrinas. Scott, Joan, “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, *op. cit.*, p. 290.

<sup>38</sup> Para Berger y Luckmann, los roles *representan* el orden institucional. En este sentido, el “rol” es la forma en que se expresan en la vida cotidiana las instituciones, y les otorga vigencia. Berger, Peter y Thomas Luckmann, *op. cit.*, pp. 64-118.

<sup>39</sup> Aguirre, Rosario, *Sociología y género. Las relaciones entre hombres y mujeres bajo sospecha*, Montevideo, Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Comisión Sectorial de Investigación Científica, Doble Clic Soluciones Editoriales, 1998.

para construir el significado de las experiencias” permite ver cómo mediante los procesos de significación se construyen los “poderosos roles que los símbolos, metáforas y conceptos juegan en la definición de la personalidad y de la historia”.<sup>40</sup>

La reconstrucción de las identidades subjetivas, como aspecto constitutivo del género, requiere, entonces, el conocimiento de las formas en que se opera dicho proceso y su relación con las actividades desempeñadas por los sujetos, organizaciones sociales y representaciones culturales históricas específicas.

### *La organización familiar desde una perspectiva de género*

Desde principios del siglo xx, el descenso de la tasa de natalidad y la disminución del tamaño medio de las familias –con mayor evidencia en el mundo urbano– son fenómenos vistos por los grupos dirigentes como malestares y amenazas para el progreso nacional.<sup>41</sup> Su representación de la familia y la distribución de roles en su interior están informadas por criterios biológicos. Así, “el marido, único capaz de hecho y de derecho, era el responsable del sostén económico del hogar; la mujer y esposa, incapaz de hecho relativo, era la responsable de la procreación, la crianza de los hijos y el mantenimiento del hogar”.<sup>42</sup> El trabajo (productivo) es valorado como una actividad exclusivamente masculina, mientras el trabajo femenino extradoméstico es desalentado, aunque significado como “destino inevitable” de aquellas mujeres cuyos cónyuges no alcanzan a sostener el hogar con sus ingresos, o las que no tienen otra alternativa por ser viudas, divorciadas o solteras y sin protección masculina. Estas situaciones generan políticas de protección “paternalista” por parte del Estado, que se conceden a las mujeres comprendidas

<sup>40</sup> Scott, Joan, “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, *op. cit.*, p. 282.

<sup>41</sup> En las áreas rurales, la tasa de natalidad disminuye más lentamente, relacionada con imprevistos regionales. Torrado, Susana, *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2003. Así lo define, por ejemplo, Alejandro Bunge en *Una Nueva Argentina*: “No es la población estabilizada o decreciente la que ha de originar mayor capacidad de consumo y mayor demanda de brazos, sino la población creciente. No se basan nunca las esperanzas de éxito de la producción, de la industria o del comercio en la detención o el descenso [de la natalidad]. Se basan en el aumento de la población y en la progresividad de las actividades; y la demanda de nuevos brazos es tanto mayor cuanto mayor es el crecimiento demográfico”. Bunge, Alejandro, *Una Nueva Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1987 [1940], pp. 43-44. Véase De Arce, Alejandra, “Las mujeres en el campo argentino. Trabajo, identidades y representaciones sociales”, Licenciatura en Ciencias Sociales, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2009.

<sup>42</sup> Véase Giordano, Verónica, *Ciudadanas incapaces. La construcción de los derechos civiles de las mujeres en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay en el siglo xx*, Buenos Aires, Teseo, 2012.

como seres débiles física y espiritualmente, cuya principal función es la procreación.<sup>43</sup> Así, prevalecen en la Argentina de la década de 1930 “los signos de una identidad femenina... [que atribuye] a las mujeres la debilidad, física, intelectual y moral, así como exceso de sentimentalismo. Las funciones fundamentales de la maternidad y el cuidado de la familia [son consideradas] constitutivas de la esencia femenina” e incompatibles con las responsabilidades de lo público, reservado a los hombres.<sup>44</sup> Estos devienen “[...] protectores materiales de la familia, al tiempo que proveedores de las matrices morales de uso”.<sup>45</sup> De esta forma, los vínculos entre los géneros, como ejercicios de poder, retratan a las sociedades según cada temporalidad.<sup>46</sup>

En el mismo sentido, se argumenta que “la sociedad había conformado una ideología sobre la mujer: ser ‘naturalmente’ débil, necesitado de protección, especializado en los afectos, cuyo ámbito está constituido por las cuatro paredes del hogar, y su rol fundamental en la vida es ser madre”.<sup>47</sup> De esta manera, los procesos de mantenimiento de la vida humana (reproducción biológica), y el sostén diario de la fuerza de trabajo son negados como trabajo. La participación de las mujeres en el “trabajo ‘afuera’ y en el trabajo doméstico aparece como la temática de la producción y reproducción. Ambos tipos de participación emergen como una contradicción entre una esfera pública y una esfera privada: el mundo de la empresa y de la fábrica, el taller, etc., vs. el mundo del hogar y el cuidado de los hijos; dominada cada una de ellas por diferentes necesidades”.<sup>48</sup>

En otros estudios se destaca que las familias se constituyen en la tensión entre la autonomía personal –en tanto proceso de individuación– y la necesidad de una identidad colectiva, de pertenencia grupal. Así, la estructuración de la familia tradicional supone que el jefe de familia tiene poder de control y decisión sobre los otros miembros, lo que adquiere significados

<sup>43</sup> Según Marcela Nari, en torno al trabajo asalariado femenino confluyen diversos discursos, entre los que se incluyen como tópicos: la “degeneración”, la competencia con los obreros –es decir, como causante de desocupación o disminución de salarios masculinos–, su justificación como “mal necesario”, la distinción genérica de trabajos “moralizadores”, el “trabajo como signo del progreso nacional”, más allá del sexo de los trabajadores y otros argumentos –menos cuantiosos– a favor del trabajo como vía de la emancipación femenina, sostenidos por mujeres de clase media y obreras en su mayoría socialistas, difundidos con mayor intensidad a partir de la década de 1920. Nari, Marcela, *op. cit.*, pp. 84-100.

<sup>44</sup> Barrancos, Dora, *op. cit.*, p. 11.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>46</sup> Esta situación favorece la invisibilización de las labores domésticas y de subsistencia realizadas por las mujeres, significándolas como deberes correspondientes a su género.

<sup>47</sup> Novick, Susana, *Mujer, Estado y políticas sociales*, Buenos Aires, CEAL, 1993, p. 14.

<sup>48</sup> *Ibid.*



distintos para los hombres, mujeres, niños y demás parientes vinculados a la red familiar; porque “la unidad familiar no es un conjunto indiferenciado de individuos. Es una organización social, un microcosmos de relaciones de producción, de reproducción y distribución, con una estructura de poder y con fuertes componentes ideológicos y afectivos que cementan esa organización y ayudan a su persistencia y reproducción”.<sup>49</sup> Las instituciones estatales argentinas refuerzan entre 1930 y 1960, tanto a través de sus políticas sociales y legislación<sup>50</sup> como mediante los discursos y valores culturales que transmiten los contenidos de los libros de lectura escolares,<sup>51</sup> estas asignaciones de los roles y trabajos “femeninos” y “masculinos”, valorando diferenciadamente los ámbitos de acción de cada uno.

En la configuración histórico-cultural de los espacios sociales intervienen las consideraciones anteriormente mencionadas sobre el género y la asimetría de valoración social de los trabajos desempeñados por hombres y mujeres en los distintos contextos. Si a través del género se construye históricamente una estructura de poder asimétrica que asigna capacidades y potencialidades diferenciales a cada sexo, la división de los espacios sociales descansa sobre las concepciones, representaciones e identidades que se prescriben para hombres y mujeres desde el orden cultural en cada sociedad. Así, la comprensión del significado de esta división abarca las formas en que esta es legitimada por distintos grupos sociales, las vivencias que produce y las identidades que construye.<sup>52</sup> El trasfondo cultural de las relaciones de género se imbrica así con su carácter político.<sup>53</sup>

<sup>49</sup> Jelin, Elizabeth, *Pan y afectos. La transformación de las familias*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 26.

<sup>50</sup> Novick, Susana, “Población y Estado en Argentina de 1930 a 1943. Análisis de los discursos de algunos actores sociales: industriales, militares, obreros y profesionales de la salud”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, México, El Colegio de México, vol. 23, N° 2, 2008, pp. 333-373.

<sup>51</sup> De Arce, Alejandra e Isabel Patiño Alcívar, “Género y trabajo en el campo argentino. Discursos y representaciones sociales (1946-1962)”, *Mundo Agrario*, <[http://163.10.30.203:8080/mundo\\_agrario/numeros/no-17-2do-sem-2008/genero-y-trabajo-en-el-campo-argentino-discursos-y-representaciones-sociales-1946-1962](http://163.10.30.203:8080/mundo_agrario/numeros/no-17-2do-sem-2008/genero-y-trabajo-en-el-campo-argentino-discursos-y-representaciones-sociales-1946-1962)>.

<sup>52</sup> Pautassi, Laura, *¡Cuánto trabajo mujer! El género y las relaciones laborales*, Buenos Aires, Colección Claves para Todos, N° 76, Capital Intelectual, 2007.

<sup>53</sup> En el contexto del Estado moderno, se ha asociado el ámbito público a los saberes racionalizados y especialistas y el ejercicio efectivo del poder; y el ámbito privado, a los saberes prácticos y los sentimientos. Y en la medida en que los saberes racionalizados y especializados han cobrado mayor prestigio social, el espacio público también lo ha hecho, en detrimento del privado. Simultáneamente, desde la creencia compartida de que las mujeres son “dueñas” del saber práctico –tradicional y heredado– y los hombres, de la inteligencia y la eficacia, pilares del conocimiento “racional”, se ha limitado –desde el discurso hegemónico– el alcance de los roles de mujeres y hombres, asociándolos a espacios sociales determinados. Bel Bravo propone recuperar para el análisis del lugar

Entonces, la división genérica de los ámbitos de acción responde a una configuración de roles y tareas construidos como “masculinos” y “femeninos”. Tradicionalmente, el espacio público ha sido ocupado por hombres y el espacio privado, por mujeres. El espacio privado comprende

la esfera de la vida doméstica, el mundo del hogar y la familia, es decir, aquello que la modernidad significó como la privacía. [Y el espacio público corresponde al] espacio del Estado y sus instituciones, de lo político, del mercado, como también agentes y organizaciones involucradas en los intercambios de estas áreas.<sup>54</sup>

Estas asignaciones se entrelazan con la construcción significativa de la distribución del trabajo de acuerdo a los géneros, en tanto “la división entre lo masculino y lo femenino representa una diferencia entre lo ‘público’ y lo ‘privado’, dejando para lo primero lo ‘productivo’ y para el segundo lo ‘reproductivo’. Así, la política es el mundo de lo público y del poder por excelencia, correspondiendo casi exclusivamente al ámbito masculino; por su parte, el ámbito reproductivo, lo privado, fue asignado a las mujeres”.<sup>55</sup> Esta organización de las actividades, que responde a una configuración en las representaciones culturales y a su vez la reproduce, complementa los discursos sobre la domesticidad que circulan en la Argentina desde fines del siglo XIX y que son reforzados desde los años treinta con los ascensos de las ideologías filofascistas.<sup>56</sup>

Se ha sugerido que desde principios del siglo XX se desarrolla en la Argentina un proceso de resignificación de los ámbitos privado y público. Sería

de las mujeres en el cambio social el papel de la afectividad humana, que la Modernidad redujera a un lugar secundario. Cuestiona la dicotomía público-privado y las capacidades estereotipadas de varones y mujeres postulando la “intuición femenina” en tanto “inteligencia poliédrica”, es decir, “ese *ver* sin necesidad de discurso [...] porque [la mujer] es capaz de tener en cuenta todos los planos de la vida humana, no solo los intelectivos...”. Bel Bravo, María Antonia, *Mujer y cambio social en la Edad Moderna*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2009, p. 47. La autora reivindica los hábitos ligados a la práctica y experiencia, señalando que la inteligencia concreta les permite a las mujeres apreciar los matices y detalles, actuar de forma comprensiva y percibir la estética de realidades complejas.

<sup>54</sup> Fernández, Ana María, *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*, Buenos Aires, Paidós, 1994, p. 133.

<sup>55</sup> Pautassi, Laura, *op. cit.*, p. 24.

<sup>56</sup> Véanse: Nari, Marcela, “La educación de la mujer (o acerca de cómo cocinar y cambiar a su bebé de manera científica)”, *Mora. Revista del Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer*, N°1, Buenos Aires, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1995 y *Políticas de maternidad... op. cit.*; Cepeda, Agustina, “Pedagogía de la vida cotidiana familiar. Buenos Aires 1900-1930”, en Álvarez, Norberto (comp.), *Cuestiones de Familia. Problemas y debates en torno de la familia contemporánea*, Mar del Plata, EUDEM, 2007.

esta la razón por la cual no podrían establecerse diferencias tajantes entre ambos.<sup>57</sup> El estudio de los modos en que se reconstruyen, resignifican y desestabilizan estos espacios en el marco de los imaginarios de cada época no pueden ser desligados de la oposición entre lo “masculino” y lo “femenino” ni de las relaciones de poder intergéneros.

Finalmente, estas argumentaciones contribuyen a pensar que las representaciones que vinculan a las mujeres con el espacio privado perviven en los significados culturales en tensión con aquellas que promueven la participación en el espacio público, a través de su reproducción en las prácticas sociales y en su difusión por medio de los múltiples discursos que circulan socialmente entramados. Estas divisiones espaciales adquieren diversos significados a mediados del siglo XX y pueden compararse, por ejemplo, en las prácticas corporativas y asociativas de las mujeres de la Sociedad Rural Argentina (SRA, en adelante) y de la Asociación de Cooperativas Argentinas (ACA, en adelante) que se analizan en este libro. Asimismo, si se piensa en la distribución por género de lugares y tareas en las explotaciones rurales, no pueden desatenderse las características particulares de las regiones en las que su trabajo se inserta, ni los ciclos productivos y familiares que influyen en esta configuración.

### *Familias rurales y espacios productivos*

En los últimos años, las discusiones acerca de la *agricultura familiar* han puesto el acento en los rasgos culturales que sostienen el entramado productivo de las chacras, revelando que las familias rurales funcionan –simultáneamente– como grupos organizados en torno a valores y a cierta moralidad y como “*poles* de fuerza de trabajo”. Desde una concepción antropológica de los lazos de parentesco y residencia, “la producción familiar como orden moral implica que la tierra, el trabajo y la familia [...] se conciben en términos no-mercantiles. Dicha configuración cultural resulta compatible con diferentes arreglos a nivel de la organización económica de las explotaciones”.<sup>58</sup> El “ser chacarero” o pertenecer a una “familia chacarera”

<sup>57</sup> Halperin, Paula, “Mi mamá me mimó. Mujeres, médicas y socialistas en Unión y Labor”, en Halperin, Paula y Omar Acha, *Cuerpos, géneros e identidades*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2000.

<sup>58</sup> Schiavoni, Gabriela, “Economía del don y obligaciones familiares: algo más sobre farmers y campesinos”, *Desarrollo económico*, vol. 41, N° 163, Buenos Aires, IDES, octubre-diciembre de 2001, pp. 448. Según Bel Bravo, en el entramado de relaciones de la sociedad moderna la familia consagra el vínculo de sangre, que “aparece como el más sólido y permanente, reforzado por los lazos del afecto y la comunidad de intereses”. Bel Bravo, María Antonia, *op. cit.*, p. 25. Suma al parentesco natural o político (basado en la alianza

retera” reviste de significados particulares a la relación con la tierra y a la estructuración del trabajo agropecuario.<sup>59</sup> En la configuración de los espacios productivos regionales, el arraigo de las familias es fundamental.

A diferencia de lo que ocurre en los centros urbanos –que hacia 1930 se desarrollan aceleradamente en la Argentina, al ritmo de la industrialización por sustitución de importaciones–, en el medio rural la distinción entre tareas o trabajos productivos y reproductivos es mucho más difícil de señalar. En las ciudades, se construyen dos esferas sociales bien diferenciadas: “el mundo de la producción y el trabajo y el mundo de la casa y la familia. Esta diferenciación marca ritmos cotidianos, marca espacios y tiempos que se expresan en el ‘salir a trabajar’ y en el ámbito doméstico. Existen patrones sociales claros [junto con representaciones culturales] en cuanto a la división social del trabajo entre los miembros de la familia” que expresan con claridad quiénes “entran” y quiénes “salen” según criterios básicos de diferenciación como son el sexo y la edad.

Sin embargo, esta diferenciación espacial entre casa y trabajo es una forma de organización que en el ámbito rural aparece difusamente. Como se ha mencionado, en el modelo de familia tradicional –que es el más difundido en los discursos de la época– corresponde a los hombres la responsabilidad del mantenimiento económico de la familia junto a la atribución de la autoridad máxima de disciplinamiento, y a las mujeres, las tareas ligadas a lo “reproductivo”,<sup>60</sup> en los ámbitos rurales se reproducen estas asignaciones

---

matrimonial) el parentesco espiritual, destacando el rol del compadrazgo en la consolidación de los vínculos –ya existentes– de amistad, de intereses y de clientela.

<sup>59</sup> Véanse Schiavoni, Gabriela, *op. cit.* y *Colonos y ocupantes. Parentesco, reciprocidad y diferenciación social en la frontera agraria de Misiones*, Posadas, Editorial Universitaria UNAM, 1995; Stølen, Kristie Anne, *La decencia de la desigualdad. Género y poder en el campo argentino*, Buenos Aires, Antropofagia, 2004; Balsa, Javier, *El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense, 1937-1988*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2006; Cloquell, Silvia (coord.), *Familias rurales. El fin de una historia en el inicio de una nueva agricultura*, Rosario, HomoSapiens, 2007; Muzlera, José, *Chacareros del siglo XXI. Herencia, familia y trabajo en la Pampa Gringa*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2009 y “Mujeres y hombres en el mundo agrario del sur santafecino. Desigualdades y dinámicas sociales en comunidades agrícolas a comienzos del siglo XXI”, *Mundo Agrario*, vol. 10, N° 20, La Plata, CEHR-UNLP, 2010; López Castro, Natalia, *Persistencia en los márgenes. La agricultura familiar en el sudoeste bonaerense*, Buenos Aires, CICCUS, 2012.

<sup>60</sup> Jelín, Elizabeth, *op. cit.*, p. 33. Según Jelín, las mujeres tienen a su cargo “la reproducción biológica, que en el plano familiar significa gestar y tener hijos (y en el social se refiere a los aspectos sociodemográficos de la fecundidad), se ocupa, además, de la organización y de gran parte de las tareas de la *reproducción cotidiana*... y desempeña un papel fundamental en la *reproducción social*, o sea, en las tareas de mantenimiento del sistema social, especialmente del cuidado y la socialización temprana de los niños, transmitiendo normas y patrones de conducta aceptados y esperados”. *Ibid.*, p. 34.

de los roles genéricos en un espacio que permanece sin división o con delimitaciones poco claras, que pueden resignificarse y justificarse con diversos argumentos en el transcurso de la historia.

Muchas mujeres desarrollan sus trabajos en el hogar y participan en las actividades productivas de los emprendimientos familiares, dado que la unidad productiva no está separada espacialmente de la doméstica. Además, pueden desarrollar tareas productivas en el mercado de trabajo. Estas situaciones, si bien tienden a mantener la división sexual del trabajo en las familias rurales, al mismo tiempo contribuyen a ponerla en tensión y podrían otorgarle nuevos significados. El reparto de tareas en los hogares implica una determinada dotación de recursos económicos (monetarios) por parte de cada uno de sus miembros, y un diferente poder de negociación sobre la distribución de esos recursos. En las chacras, “el control del dinero es un componente importante del control social; el control de los hombres sobre las mujeres, así como el control de los mayores sobre los más jóvenes”.<sup>61</sup>

Asimismo, es necesario tener en cuenta que estas asignaciones de tareas en la organización jerárquica de las familias –construida sobre las variables sexo y edad– están relacionadas con el *ciclo de vida familiar*, es decir, con las etapas que atraviesa la unidad familiar desde su constitución a su disolución, y con el *ciclo agrícola* (que establece pautas de distribución de trabajo y recursos, de cooperación y solidaridad). De esta manera, las *estrategias familiares de vida* corresponden a los comportamientos de los individuos que se relacionan con la conformación y mantenimiento de las unidades familiares (hogares) para asegurar su reproducción biológica y desarrollar prácticas –económicas y no económicas– indispensables para la optimización de las condiciones materiales y no materiales de la existencia de la unidad.<sup>62</sup>

Si el dinero es el referente social de valor, se entiende que los trabajos “no productivos” (no remunerados) tienen menor significación social. El *trabajo doméstico* es un conjunto de tareas que satisfacen las necesidades familiares, genera valores de uso consumibles por la unidad doméstica e implica elementos de planificación, organización y gestión.<sup>63</sup> Confiada ma-

<sup>61</sup> Stølen, Kristie Anne, *op. cit.*, p. 106.

<sup>62</sup> Torrado, Susana, *Historia de la familia...*, *op. cit.*, pp. 29-31; Schiavoni, Gabriela, *Colonos y ocupantes...*, *op. cit.*; Schiavoni, Lidia, “Aportes de hijas e hijos a las estrategias de vida familiar. Familias pobres urbanas y rurales en la provincia de Misiones”, en Wainerman, Catalina (comp.), *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

<sup>63</sup> “Un objetivo medular de las estrategias de promoción de la igualdad de género se refiere a la transformación de la división tradicional por sexo del trabajo, división que ha sido ampliamente reconocida como fundamento de la subordinación económica y social de las mujeres. En virtud de tal división, en la mayoría de las sociedades, la responsabilidad principal por el trabajo remunerado (‘trabajo productivo’) recae sobre los hombres,

yoritariamente a las mujeres, la llamada “reproducción social” recibe escaso o nulo reconocimiento por pertenecer al ámbito privado-doméstico.

Estas estimaciones con respecto al trabajo y las asignaciones simbólicas en relación con las tareas y los espacios legitimados para cada género se basan en las estructuras de prestigio de cada sociedad.<sup>64</sup> Los sistemas de prestigio son determinados histórica y culturalmente, y las construcciones simbólicas alrededor de los distintos “tipos” de trabajo, como los espacios y las funciones sociales definidos para “lo femenino” y “lo masculino”, son también variables e históricamente condicionadas.

En la construcción de un relato que integre representaciones y experiencias de mujeres que trabajan en el campo pampeano y nordestino a mediados del siglo XX, es necesario tener en cuenta los diversos aspectos que conforman un arquetipo de “mujer rural”, asociados –muchas veces intrínsecamente– con la concepción moderna del *trabajo*. Entre estas tareas, los quehaceres domésticos son significados como obligación de cada mujer, más allá de su lugar de residencia.

La subvaloración económica coincidirá con la falta de valor social del trabajo doméstico rural. En este sentido, la misma definición moderna del concepto *trabajo* asociado a la producción (utilidad) tiene como contracara el afianzamiento de una imagen de la casa como espacio de reproducción familiar, ámbito de poder femenino y donde el conjunto de actividades desarrolladas adquieren un carácter subsidiario, de apoyo al trabajo de los varones-productores. A la asociación fuerza-trabajo masculino se suma un tercer término: el saber técnico asociado al manejo de maquinarias agrícolas. Así, la tecnologización de las actividades rurales tendería a excluir a las mujeres de estos trabajos, sobre el presupuesto de su falta de conocimiento o fuerza para la conducción de las maquinarias.<sup>65</sup> Entonces, la condición de

---

mientras que la correspondiente al trabajo no remunerado que se realiza en los hogares y la comunidad (‘trabajo reproductivo’) se asigna a las mujeres. Pese a constituir un soporte indispensable del trabajo ‘productivo’, el trabajo no remunerado ha permanecido invisible en términos de su contribución al desarrollo económico y social. Esta invisibilidad con respecto a sus aportes a la producción y al bienestar se ha traducido en desventaja frente al acceso a recursos económicos y de protección social por parte de quienes asumen su realización –fundamentalmente las mujeres–.” Organización Panamericana para la Salud, *La economía invisible y las desigualdades de género. La importancia de medir y valorar el trabajo no remunerado*, Washington, D.C., Organización Panamericana para la Salud, 2008.

<sup>64</sup> Ortner, Sherry y Harriet Whitehead, “Indagaciones acerca de los significados sexuales”, en Lamas, Marta (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, UNAM, 1996; Moore, Henrietta, *Antropología y feminismo*, Madrid, Cátedra, 1999; Pastor, Reyna, “Mujeres, género y sociedad”, en Knecher, Lidia y Marta Panaia, *La mitad del país. La mujer en la sociedad argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1994.

<sup>65</sup> Sobre los estereotipos de género en el mundo rural, un trabajo sugerente es el de Izquierdo, Jesús, “Modernidad que opaca. Estereotipos y subalternidad de la mujer rural en

las mujeres y su poder dentro de la organización familiar varía en relación con la tenencia de la tierra y al sistema agrario regional, en función de los niveles de tecnología disponibles y de la densidad de población. Al mismo tiempo, la cultura regional es un factor que incide en la participación de las mujeres en las tareas agrícolas.<sup>66</sup>

Solo complejas situaciones de crisis agraria permitirán –desde el sistema de género culturalmente definido– alternar estos espacios y tareas. Allí serán las mujeres quienes deban brindar sus brazos para cualquier labor en la que sean necesarios; funcionarán como “mano de obra de reserva”.<sup>67</sup> Entre la *fortaleza* y la *delicadeza*, las mujeres rurales deberían afrontar las adversidades de una vida en un medio ajeno a la modernización vigente en los centros urbanos hasta entrada la década de 1960. En la configuración de este ideal de comportamiento, la función de las imágenes –tanto como la tradición oral– contribuiría a fijar estos mandatos culturales en representaciones sociales que llegarían, inclusive, a un público iletrado o poco alfabetizado.

Se advierte entonces la necesidad de analizar críticamente los contenidos de textos (documentos públicos, privados) e imágenes (fotografías, ilustraciones, grabados, pinturas) mediante enfoques que contribuyan a conocer los sentidos<sup>68</sup> que allí adquiere el trabajo rural femenino y su influencia en la conformación de un ideal de “mujer rural”. Estas representaciones deben ser confrontadas con otras fuentes que manifiesten las experiencias cotidianas de las mujeres en la campaña durante el período analizado. Además, aun considerando las falencias de las fuentes estadísticas, estas brindan indicios para pensar la participación efectiva de las mujeres en las explotaciones

---

perspectiva histórica (España, ss. xvii-xxi)”, mimeo. Véanse Méda, Dominique, “¿Qué sabemos sobre el trabajo?”, *Revista de Trabajo*, año 3, N° 4, Buenos Aires, enero-noviembre de 2007; Boserup, Ester, “Population, the status of women and rural development”, *Population and development review*, vol. 15, Nueva York, Population Council, 1989, pp. 45-60. Desde otro punto de vista, ilustran estas afirmaciones acerca de las transformaciones de los roles económicos de las mujeres en el agro latinoamericano los trabajos compilados por Spindel, Cheywa, Jane Jaquette y Mabel Cordini, *A Mulher rural e mudanças no processo de produção agrícola: estudos sobre a América Latina*, Brasilia, IICA, 1984.

<sup>66</sup> Boserup, Ester, *op. cit.* Deere, Carmen y Magdalena León de Leal, “Peasant production, proletarianization and sexual division of labor in the Andes”, *Signs*, vol. 7, N° 2, Chicago, The University of Chicago Press, 1981, pp. 338-360.

<sup>67</sup> Stølen, Kristie Anne, *op. cit.*, p. 70.

<sup>68</sup> “El sentido –o significado pragmático-discursivo– resulta de la *interdependencia* de los factores contextuales y las formas lingüísticas; exige tomar en consideración el mundo de quien emite el enunciado y el mundo de quien lo interpreta, sus conocimientos previos y compartidos, sus intenciones, todo aquello que se activa en el intercambio comunicativo, así como el resto de dimensiones del contexto empírico en que se produce el intercambio...” Calsamiglia Blancafort, Helena y Amparo Tusón Valls, *Las cosas del decir: Manual de análisis del discurso*, Barcelona, Ariel, 1999.

agrarias familiares y como asalariadas rurales. Empezar esta tarea, mostrar a las mujeres como sujetos activos en la economía agraria nacional –contemplando su heterogeneidad regional– es fundamental para recuperarlas de la invisibilidad histórica en la que han sido sumidas.

## LA ARGENTINA RURAL DEL SIGLO XX Y LAS MUJERES. UN ESTADO DE LA CUESTIÓN

La dificultad de registro de la presencia femenina individual en el mundo rural argentino ha sido señalada reiteradamente en relación con la escasa fiabilidad de los datos estadísticos para dar cuenta de su condición.<sup>69</sup> Se ha insistido en que, entre los problemas de los censos, uno central alude a que las labores típicamente femeninas resultan casilleros rápidamente completados, mientras las dificultades se manifiestan para distinguir a las mujeres en las actividades que “no son propias de su sexo”.<sup>70</sup>

Como se ha mencionado, esta imposibilidad de relevar las actividades femeninas cotidianas se agudiza en las áreas rurales. Algunas investigaciones aluden a las largas jornadas de las trabajadoras del mundo rural, pero no se remiten al análisis específico de las mujeres que en el silencio del campo cumplen con los roles que han sido preestablecidos y se elaboran, una y otra vez, para ellas en los distintos contextos históricos, más allá de las posibles resignificaciones prácticas y de las resistencias. Los significados culturales ligados a las relaciones de género incluyen para estas mujeres más deberes u obligaciones que para el resto.<sup>71</sup>

La historiografía de género ha visibilizado y documentado ampliamente, entre otros aspectos importantes, la incorporación de las mujeres en el mercado laboral, las luchas por el sufragio femenino y sus repercusiones en el mundo urbano. Es menos frecuente encontrar reflexiones acerca de la inserción pública o participación política de las mujeres en el campo.<sup>72</sup>

<sup>69</sup> Wainerman, Catalina, Martín Moreno y Rosa Geldstein, “La medición censal de la participación económica: una evaluación con especial referencia a las mujeres”, en *Los censos de población del 80. Taller de análisis y evaluación*, Buenos Aires, INDEC, 1985; Gil Lozano, Fernanda, Valeria Pita y María Gabriela Ini (dirs.), *Historia de las mujeres en la Argentina*, 2 tt., Buenos Aires, Taurus, 2000; entre otros.

<sup>70</sup> Barrancos, Dora, *Mujeres, entre la casa y la plaza*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

<sup>71</sup> Es importante señalar el creciente interés que ha suscitado en los últimos diez años para diversas e interdisciplinarias investigaciones el lugar de las mujeres en la producción agraria, tal como se desarrolla aquí.

<sup>72</sup> Bordagaray, Eugenia, “Ciudadanía y género en el mundo rural: El caso de la Unión de Mujeres de la Argentina y las ‘campesinas’ durante el peronismo (1943-1955)”, *Trabajos y Comunicaciones*, N° 34, 2008, pp. 217-231, disponible en <<http://www.memoria.fahce.edu.ar>>

Entre los análisis de la historiografía rural, Noemí Girbal-Blacha destaca que a principios del siglo xx, el énfasis de la clase dirigente en la necesidad de imponer la granja como una alternativa a la tradicional agricultura extensiva incluye un replanteo del lugar de las mujeres en el medio rural asociado a las posibilidades de un mayor confort de los hogares agrícolas, que dependerá de su educación. Diversificación productiva y arraigo rural intentarán conciliar intereses y desactivar la cuestión social, en un contexto de gran conflictividad agraria que reclama la tierra en propiedad antes de la crisis del año 1930.<sup>73</sup> Será la Región Pampeana la mayor destinataria de estos discursos, donde los chacareros nucleados en la Federación Agraria Argentina (FAA) y los terratenientes representados por la tradicional SRA reclamarán que el Estado nacional escuche sus argumentos a favor de la producción granjera, años antes del fin de la expansión horizontal.

En este mismo ámbito, los estudios de Talía Gutiérrez acerca de la educación de las mujeres y la instrucción de las maestras del campo pampeano bonaerense, propuesta tanto desde ámbitos públicos (nacionales-provinciales) como privados, destacan la centralidad de su contribución en la elevación de la cultura y el arraigo familiar. Otros de los escritos de Gutiérrez indagan sobre las características, estrategias de vida y representaciones sociales de las familias rurales bonaerenses entre los años treinta y cuarenta; como también acerca de la pervivencia de un “modelo de familia agraria tradicional” aún en los años sesenta.<sup>74</sup> En la misma línea, los trabajos de Javier Balsa refieren a la construcción de una cultura rural chacarera bonaerense, articulada en torno a un modo de vida con características particulares, que se cimenta en el trabajo familiar y la consecución de la propiedad de la tierra.<sup>75</sup> Graciela

---

unlp.edu.ar/art\_revistas/pr.3731/pr.3731.pdf>, consultado el 20/3/2014. De Arce, Alejandra, “Las mujeres de Pergamino opinan sobre el sufragio femenino (Buenos Aires, 1946)”, *Revista Pilquen, Sección Ciencias Sociales*, año XIII, N° 14, Viedma, Centro Regional Zona Atlántica, Universidad Nacional del Comahue, 2011.

<sup>73</sup> Girbal-Blacha, Noemí, “La granja, una propuesta alternativa para el agro pampeano, 1910-1930”, *Canadian Journal of Latinamerican and Caribbean Studies*, vol. 14, N° 28, 1989, pp. 71-115.

<sup>74</sup> Gutiérrez, Talía, *Educación, agro y sociedad...*, op. cit., “Actuar sobre la mujer de campo, empleando a la mujer misma como educadora. Una visión histórica del discurso ruralista, Argentina, 1920- 1945”, en Girbal-Blacha Noemí y Sonia Mendonça (coords.), op. cit., pp. 183-202, “Familia o familias rurales en la región pampeana. Representaciones y condiciones de vida, 1930-1943”, en Balsa, Javier y Silvia Lázaro (coords.), *Agro y política. El modelo agrario en cuestión. 1930-1943*, t. 1, Buenos Aires, CICCUS, 2012 y “Agro pampeano y roles familiares en la década de 1960”, *Mundo agrario*, 2009, <<http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/numeros/no-19-2do-sem-2009/agro-pampeano-y-roles-familiares-en-la-decada-de-1960>>, consultado el 3/3/2014.

<sup>75</sup> Balsa, Javier, “El farmer ausente II. Transformaciones sociales en el agro pampeano de la primera mitad del siglo xx”, en Galafassi, Guido, Alberto Bonnet y Adrián Zarrilli, *Mo-*

Mateo resalta la interpelación del movimiento cooperativista agrario –liderado por la ACA– a las mujeres para el éxito de su propuesta asociativa.<sup>76</sup> Por su parte, Sandra Villa analiza la creación de los clubes juveniles agrarios en la FAA como parte del fomento de la cultura rural e instrucción de las mujeres en sus obligaciones hogareñas y prediales.<sup>77</sup> En estas investigaciones, puede vislumbrarse el lugar central de las mujeres en la órbita de la producción agropecuaria pampeana, especialmente de las que residen en la provincia de Buenos Aires.

En el límite entre el espacio pampeano y el nordeste del país, el trabajo de Kristi Anne Stolen –aun cuando excede el período de análisis de esta tesis– brinda importantes impresiones acerca de “la chacra como sistema de género”, que gestan la permanencia y adaptabilidad de los significados culturales asociados al género, más allá de las transformaciones económicas. Su análisis de la Colonia Santa Cecilia en el norte santafesino se convierte en inevitable punto de referencia para el estudio que aquí se emprende.<sup>78</sup>

Cuando se trata de pensar el Norte argentino como espacio regional heterogéneo, escasas investigaciones históricas tienen por objeto conocer las condiciones de vida y labor de las familias y mujeres en el campo entre 1930 y 1960. En los análisis de la producción algodonera, que crece al ritmo del incremento de población en el Territorio Nacional del Chaco (su núcleo indiscutido), sobresalen aquellos que focalizan las condiciones políticas y económicas en que se expande el cultivo algodonero.<sup>79</sup> La contribución de las

---

*dernización y crisis. Transformaciones y reestructuración capitalista en la Argentina del siglo xx*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2002, y *El desvanecimiento del mundo chacarero...*, op. cit.

<sup>76</sup> Mateo, Graciela, “Mujeres y jóvenes en el cooperativismo agrario pampeano (1930-1955). Una prédica ruralista con más continuidades que cambios”, en Galafassi, Guido (comp.), *El campo diverso. Enfoques y perspectivas de la Argentina agraria del siglo xx*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2004; Mateo, Graciela, *Cooperativas agrarias y peronismo. Acuerdos y discrepancias. La Asociación de Cooperativas Argentinas*, Buenos Aires, CICCUS, 2012.

<sup>77</sup> Villa, Sandra, “Una alternativa para cambios sociales agrarios: el rol de los clubes juveniles y de la mujer”, Duodécimo Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2003.

<sup>78</sup> Stølen, Kristie Anne, op. cit.

<sup>79</sup> Valenzuela, Cristina, *Transformaciones agrarias y desarrollo regional en el nordeste argentino. Una visión geográfica del siglo xx*, Buenos Aires, La Colmena, 2006; Valenzuela, Cristina y Ángel Scavo, *La trama territorial del algodón en el Chaco. Un enfoque multiescalar de espacios en transición*, Buenos Aires, La Colmena, 2010; Brodersohn, Víctor, Daniel Slutzky y Cristina Valenzuela, *Dependencia interna y desarrollo: el caso del Chaco*, Resistencia, Librería de la Paz, 2009; Borrini, Héctor, “El agro chaqueño durante la crisis de 1930”, Noveno Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1996; Girbal-Blacha, Noemí, “Opciones para la economía agraria del Gran Chaco Argentino. El algodón en tiempos del Estado intervencionista”, en Gala-

familias a la producción del oro blanco nordestino es mencionada en el riguroso estudio de Enrique Bruniard y también es destacada por Donna Guy respecto de los años iniciales de la introducción del textil en estas tierras.<sup>80</sup>

El papel colonizador del algodón ha sido señalado por Juanita Osuna, asociando la expansión del área sembrada con el crecimiento poblacional. Las consecuencias socioeconómicas de la opción algodonera son enfatizadas por Noemí Girbal-Blacha, ligando el desarrollo regional al intervencionismo del Estado nacional desde los años treinta.<sup>81</sup> Los estudios de Hugo Beck contribuyen a la comprensión de la imagen del “Chaco gringo” analizando los flujos de colonos-inmigrantes, sus procedencias y la centralidad de las familias en la pervivencia de sus culturas de origen.<sup>82</sup> Nicolás Iñigo Carrera

---

fassi, Guido (comp.), *op. cit.*; Carlino, Alicia, “Los orígenes de la industria algodonera en el Territorio Nacional del Chaco. Instalación del desmotado y las aceiterías”, *H-Industria. Revista de historia de la industria argentina y latinoamericana*, año 3, N° 5, segundo semestre de 2009; Leoni, María Silvia, “La política en el Chaco en la primera mitad del siglo xx. Estructuras de participación, actores y prácticas”, en Iourno, Graciela y Edda Crespo (coords.), *Nuevos Espacios. Nuevos Problemas. Los territorios nacionales*, Neuquén, EduCo, 2008; Maeder, Ernesto, *Historia del Chaco*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1996; Marí, Oscar, “Tensiones y fragmentación política en Chaco a principios de los años cuarenta”, *Revista de la Junta de Estudios Históricos del Chaco*, N° 2, Resistencia, Subsecretaría de Cultura, 2005; Schaller, Enrique, “El Estado Nacional y la colonización agrícola en el territorio del Chaco”, *Revista de la Junta de Estudios Históricos del Chaco*, N° 2, Resistencia, Subsecretaría de Cultura, 2005; Schaller, Enrique, “Política de tierras en la provincia del Chaco (1954-1971)”, en Mateo, Graciela, Oscar Marí y Cristina Valenzuela (comps.), *Territorio, poder e identidad en el agro argentino*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2010, pp. 41-64; Moglia, Leandro, “Poder público y cooperativismo agrícola en el Territorio Nacional del Chaco. Del auge algodonero a la provincialización”, en Mateo, Graciela, Oscar Marí y Cristina Valenzuela (comps.), *op. cit.*, pp. 11-25.

<sup>80</sup> Bruniard, Enrique, “El Gran Chaco Argentino. Ensayos de interpretación geográfica”, *Geográfica*, N° 4, Resistencia, Chaco, 1978; Guy, Donna, “Women, peonaje and industrialization: Argentina, 1810-1914”, *Latin American Research Review*, vol. 16, N° 3, 1981, pp. 65-89, “Oro blanco: algodón, tecnología y mano de obra familiar en la Argentina del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, tercera serie, N° 7, primer semestre, 1993, y “El rey algodón. Los Estados Unidos, la Argentina y el desarrollo de la industria algodonera argentina”, *Mundo Agrario*, vol. 1, N° 1, La Plata, CEHR-UNLP, segundo semestre de 2000.

<sup>81</sup> Girbal-Blacha, Noemí, “El oro blanco en el Nordeste Argentino. El algodón como alternativa socioeconómica de una región marginal (1920-1940)”, en Girbal-Blacha, Noemí, María Silvia Ospital y Adrián Zarrilli, *Las miradas diversas del pasado. Las economías agrarias del interior ante la crisis de 1930*, Buenos Aires, Edición Nacional, 2007.

<sup>82</sup> Beck, Hugo, *Inmigrantes europeos en el Chaco*, Cuadernos de Geohistoria Regional N° 39, Resistencia, IIGHI, 2001. Otros estudios consideran el rol de las familias y mujeres inmigrantes, pero centrados en el “mundo urbano”. De Dios de Martina, Ángeles, *Mujeres inmigrantes. Historias de vida*, Buenos Aires, Dunker, 2001; Farías de Foulkes, Ana, *El Chaco abierto al mundo. Inmigrantes italianos y alemanes vienen a fructificar sus tierras*, Corrientes, EUDENE, 2002.

revisa la colonización algodonera chaqueña mostrando las diversas perspectivas de los actores sociales. La recopilación de documentos –públicos y privados–, así como de los testimonios, permite la apreciación del complejo mundo rural resultante y las interrelaciones de sus protagonistas.<sup>83</sup> Nadal estudia las condiciones y el medio ambiente de trabajo de los cosecheros temporarios de algodón en el Chaco a fines de la década de 1980, aportando –en su contextualización histórica– datos parciales sobre los cambios en la estructura social agraria y la configuración del trabajo familiar en las chacras entre 1930 y 1960.<sup>84</sup> En una reciente investigación, Noemí Girbal-Blacha advierte acerca de la precaria situación de las mujeres chaqueñas –urbanas y rurales– y sus reclamos, que muchas veces no llegan a oídos de los líderes del peronismo.<sup>85</sup>

En el Noroeste, el desarrollo socioeconómico se entrelaza –desde fines del siglo XIX– con los ciclos productivos del complejo agroindustrial azucarero, encabezado por la provincia de Tucumán. En este caso, la complejidad de la faceta industrial de la producción, el papel del Estado nacional en relación con las leyes que regulan esta actividad y las vinculaciones políticas de los empresarios –miembros de las élites locales e inmigrantes que se arraigaron exitosamente– han sido temas privilegiados de la reflexión académica. Asimismo, las formas que adquieren el asociacionismo y el sindicalismo azucarero –atravesando el período que aquí se analiza– han recibido en los últimos años una creciente atención como temas de investigación centrales para comprender el arraigo del peronismo en Tucumán.<sup>86</sup>

<sup>83</sup> Iñigo Carrera, Nicolás, *La colonización del Chaco*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

<sup>84</sup> Nadal, Stella Maris, *Condiciones de trabajo en zonas rurales. Trabajador de temporada en el Chaco. La cosecha de algodón*, Resistencia, Ministerio de Gobierno, Justicia y Educación, 1987.

<sup>85</sup> Girbal-Blacha, Noemí, *Vivir en los márgenes. Estado, políticas públicas y conflictos sociales. El Gran Chaco Argentino en la primera mitad del siglo XX*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2011.

<sup>86</sup> Mayormente, los estudios citados están centrados en periodos anteriores (o posteriores) a los que se abordan en la presente investigación. Detalladas revisiones bibliográficas en: Campi, Daniel y María Celia Bravo, “La agroindustria azucarera argentina. Resumen historiográfico y fuentes”, 1999, <alhe.mora.edu.mx/index.php/alhe/article/download/119/114>, consultado el 8/5/2013; Bravo, María Celia, “Problemas, perspectivas de análisis y fuentes en la Historiografía Azucarera Argentina”, en Graciano, Osvaldo y Silvia Lázzaro (comps.), *La Argentina rural del siglo XX. Fuentes, problemas y métodos*, Buenos Aires, La Colmena, 2007, pp. 287-310. Véanse Campi, Daniel (comp.), *Estudios sobre la historia de la agroindustria azucarera argentina*, vol. 1, San Miguel de Tucumán, UNT-UNJU, 1991 y *Estudios sobre la historia de la agroindustria azucarera argentina*, vol. 2, San Miguel de Tucumán, UNT-UNJU, 1992; Bravo, María Celia, *Campesinos, azúcar y política: cañeros, acción corporativa y vida política en Tucumán (1895-1930)*, Rosario, Pro-

El estudio de la industria azucarera tucumana es indisociable de la estructura social agraria que la sostiene, donde los actores principales son tanto los industriales como los cañeros independientes –propietarios de fundos de extensión variable– de base familiar en su mayoría, que producen materia prima para los ingenios, comercializando individualmente su cosecha. La evolución económico-social de ambos sectores converge en la multifacética crisis de los años sesenta.<sup>87</sup>

Los estudios de Alfredo Bolsi muestran, desde la demografía histórica, las transformaciones del paisaje rural derivadas de los cambios poblacionales y su relación con el aumento de la superficie cultivada de caña, asignando un lugar preferencial a la dimensión cultural subyacente a estos cambios.<sup>88</sup> El análisis del carácter “periférico” de la transición demográfica del área cañera tucumana revela otros aspectos de las condiciones de vida de las familias insertas en esta región.<sup>89</sup>

---

historia, 2008; Girbal-Blacha, Noemí, *El Banco de la Nación Argentina: administrador y empresario agroindustrial. El caso del ingenio y refinería “Santa Ana”, Tucumán (1932-1958)*, Cuadernos del PIEA, N° 14, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas-IIHES-PIEA, 2001 y “Franceses en el Noroeste Argentino. La fuerza de las redes sociales en la industria azucarera hasta mediados del siglo XX”, en IX Jornadas Nacionales y I Jornadas Internacionales de Investigación y Debate, CEAR-UNQ, ITEM-UPPA, Bernal, 30 de mayo al 1 de junio de 2012; Pucci, Roberto, “La élite azucarera y la formación del sector cañero en Tucumán (1880-1920)”, *Conflictos y Procesos de la Historia Argentina Contemporánea*, N° 37, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1989; Guy, Donna, “The rural working class in nineteenth century Argentina: forced plantation labour in Tucumán”, *Latin American Research Review*, vol. 13, N° 1, 1978, pp. 135-145, *La política azucarera argentina: Tucumán y la generación del ochenta*, Tucumán, Fundación Banco Comercial del Norte, 1981, y “El azúcar y la política de recursos naturales: el Estado argentino y las provincias del noroeste, 1870-1930”, en Campi, Daniel, *Estudios sobre la industria azucarera argentina*, vol. 2, op. cit.; Feyling, Mariana, “La inmigración francesa temprana en Tucumán: 1830-1880”, *Travesía* 7/8, San Miguel de Tucumán, Facultad de Ciencias Económicas-UNT, 2004, pp. 73-101, entre otros. Recientes publicaciones atienden a la complejidad del peronismo tucumano, sus relaciones con la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA) y la Acción Católica provincial, tanto como a las estrategias del radicalismo entre 1943 y 1955. Desde diversas perspectivas, contribuyen al análisis político de los años que aquí se estudian. Véanse: Gutiérrez, Florencia y Gustavo Rubinstein (comps.), *El primer peronismo en Tucumán. Avances y nuevas perspectivas*, San Miguel de Tucumán, Edunt, 2012; Bustelo, Julieta, “La formación de la Unión de Cañeros Independientes de Tucumán. El nuevo asociacionismo de los cañeros tucumanos en los orígenes del peronismo”, *Mundo Agrario*, vol. 13, N° 25, segundo semestre, La Plata, CEHR-UNLP, 2012, entre otros.

<sup>87</sup> Gagnard, Romain, “Una especulación tropical en crisis: las plantaciones de caña de azúcar en Tucumán (Argentina)”, *Travesía*, N° 13, San Miguel de Tucumán, FCE-UNT, 2011 [1964], pp. 165-215.

<sup>88</sup> Bolsi, Alfredo, “Población, azúcar e industria rural en Tucumán, Argentina”, *Geographica*, N° 38, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2000, pp. 85-109.

<sup>89</sup> Bolsi, Alfredo y Patricia Ortiz de D’Arterio, *Población y azúcar en el Noroeste argentino*.

La minuciosa observación de la arquitecta Olga Paterlini de Koch evidencia que la dinámica de la producción cañera crea, en su mismo impulso, una cartografía singular, donde la empresa agrícola dirige las modalidades de poblamiento y la configuración habitacional de los ingenios devela la estructura de poder que atraviesa esta agroindustria.<sup>90</sup> Daniel Campi –por su parte– dirige su mirada histórica al mundo del trabajo –industrial y agrario– y comprende que el auge azucarero produce un “mundo de contrastes”, cuando el estudio de la sociabilidad, las costumbres y las condiciones de vida en los ingenios del Noroeste revela la confluencia de la cultura de la élite y la cultura popular. María Celia Bravo complementa este abordaje con las imágenes de las mujeres trabajadoras en el área cañera entre 1888 y 1904.<sup>91</sup> En un estudio basado en fuentes estadísticas, Ariel Osatinsky analiza la relación entre la estructura productiva azucarera tucumana y la evolución del mercado laboral entre 1930 y 1970.<sup>92</sup>

Desde un enfoque sociocultural, Josefina Centurión reconstruye la historia del pueblo San Pablo (ligado al ingenio homónimo), a través de las memorias de trabajadores y habitantes. Su abordaje revela aspectos de la vida cotidiana articulada por los ritmos y demandas de la agroindustria azucarera. Por su parte, Eduardo Rosenzvaig inscribe en la construcción del relato de la agroindustria azucarera los testimonios de antiguos trabajadores del Ingenio Santa Ana que trasuntan la riqueza minuciosa de esos protagonistas de la historia.<sup>93</sup>

Otros estudios trascienden el período en estudio, pero debaten –en parte– los problemas que aquí se plantean. Hebe Vessuri discute, con una mirada antropológica de lo rural, las posibilidades de la diversificación de la agricultura familiar en el contexto de monoproducción cañera tucumana

---

*Mortalidad infantil y transición demográfica durante el siglo XX*, San Miguel de Tucumán, IEG-UNT, 2001.

<sup>90</sup> Paterlini de Koch, Olga, *Pueblos azucareros de Tucumán*, San Miguel de Tucumán, Editorial del Instituto Argentino de Investigaciones de Historia de la Arquitectura y del Urbanismo, 1987.

<sup>91</sup> Campi, Daniel, “Los ingenios del Norte: un mundo de contrastes”, en Devoto, Fernando y Marta Madero (dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina plural: 1870-1930*, Buenos Aires, Taurus, 2006; Bravo, María Celia, “Entre la resistencia y el conflicto social. Imágenes de la mujer trabajadora en el área azucarera de Tucumán (1888-1904)”, en Bravo, María Celia, Fernanda Gil Lozano y Valeria Pita (comps.), *Historia de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*, San Miguel de Tucumán, EDUNT, 2007.

<sup>92</sup> Osatinsky, Ariel, “Estructura productiva, actividad azucarera y mercado de trabajo en Tucumán (1930-1970)”, *Revista de historia americana y argentina*, vol. 47, N° 1, enero-junio, Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras-UNCuyo, 2012.

<sup>93</sup> Rosenzvaig, Eduardo (dir.), *Santa Ana. Un modelo de cultura rural*, Tucumán, CIUNT, 1994.

de los años setenta. Sus argumentos sirven como insumo para reflexionar sobre la especificidad regional del trabajo de las familias productoras de caña dulce.

#### METODOLOGÍA Y FUENTES PARA CONSTRUIR UNA HISTORIA RURAL CON PERSPECTIVA DE GÉNERO

La realización de una investigación histórica que describa e interprete la situación de las familias y el lugar de las mujeres en el campo argentino, analizando sus particularidades regionales a mediados del siglo XX, requiere la adopción de un marco epistemológico interpretativo y demanda optar por una triangulación, combinando estratégicamente metodologías cualitativas y cuantitativas.<sup>94</sup> Las características del problema a indagar se establecen sobre la posibilidad de comparación: en el tiempo, para observar continuidades y cambios, y en el espacio, para distinguir los caracteres comunes de los originales, relacionando ambas dimensiones de la realidad histórica.

Tempranamente, Marc Bloch define la importancia del método comparativo para la historia. Afirma que la función heurística de la comparación posibilita el descubrimiento de procesos y la interpretación de los hechos históricos cuya importancia sería difícil de percibir sin tener presentes realidades de la misma clase en diferentes contextos. Además, el método comparado constituye un mecanismo de control del investigador, evitando la justificación de acontecimientos globales por causas puramente locales. Por último, resalta las similitudes, en busca de las diferencias que sirven para determinar lo peculiar y original de cada sociedad.<sup>95</sup>

De esta manera, la utilización del método comparativo permite identificar en la diversidad y heterogeneidad de las regiones en análisis sus especificidades y diferencias, captar las singularidades estructurales de cada área agroproductiva, sus relaciones (coherentes o contradictorias) con el desarrollo socioeconómico nacional (tanto como las intrarregionales) y su influencia en las formas de articulación del trabajo familiar, integrando distintas escalas de análisis, micro- y macrosociales.<sup>96</sup>

<sup>94</sup> Sobre la triangulación como estrategia metodológica, véase Vasilachis de Gialdino, Irene, *Métodos cualitativos I. Los problemas teórico-epistemológicos*, Buenos Aires, CEAL, 1993; Gallart, María Antonia, “La integración de métodos y la metodología cualitativa”, en Forni, Floreal, María Antonia Gallart e Irene Vasilachis de Gialdino, *Métodos cualitativos II. La práctica de la investigación*, Buenos Aires, CEAL, 1993.

<sup>95</sup> Bloch, Marc, *Historia e historiadores*, Madrid, Ediciones Akal, 2006.

<sup>96</sup> Aróstegui, Julio, *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 357-359; Aymard, Maurice, “¿Qué historia comparada, hoy?”, en Bonaudo, Marta, An-

Se trata de reconstruir –desde una perspectiva sociohistórica– cómo las personas viven “los condicionamientos estructurales y las transformaciones del pasado a través de diversas estrategias individuales y colectivas, interesándose igualmente por las representaciones elaboradas por los diferentes actores sociales sobre estas experiencias vitales”.<sup>97</sup> Este enfoque exige considerar que estadísticas, textos e imágenes visuales constituyen un mismo entramado discursivo histórica y culturalmente producido, como fuentes que contribuyen a dar respuesta a los interrogantes de esta investigación.

El problema de las fuentes, cuando se trata de realizar una reconstrucción del lugar que ocupan las mujeres en el relato de la historia, ha sido advertido ya por quienes se ocupan de recuperar de este olvido sus vidas y su silencioso protagonismo. En este sentido, se ha señalado –una y otra vez– la carencia de fuentes “tradicionales” para la historia de las mujeres y de género (la falta de registro, como cuestión no exclusivamente estadística) a la par de la poca atención dada a la información acerca de las mujeres en los intereses de “quienes escriben la historia”.<sup>98</sup> Entre estos dos argumentos se encuentra “la sobreabundancia de discursos sobre las mujeres; avalancha de imágenes, literarias o plásticas, que la mayoría de las veces son obra de los hombres [...] de las mujeres se habla [...] para decir lo que son o lo que deberían hacer”.<sup>99</sup>

Se ha insistido en que “para escribir la historia hacen falta fuentes, documentos, huellas. Y esto constituye una dificultad en la historia de las mujeres. Su presencia suele estar tachada, sus huellas, borradas, sus archivos, destruidos. Hay un déficit, una carencia de huellas”.<sup>100</sup> El uso del lenguaje, la construcción de los cuestionarios para los relevamientos estadísticos, la imposibilidad de rastrear linajes femeninos (por la pérdida del apellido propio mediante el matrimonio), la desestimación de las intervenciones colectivas femeninas y la destrucción de huellas –social o individualmente realizada–

drea Reguera y Blanca Zeberio (coords.), *Las escalas de la historia comparada*, t. 1, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2008, pp. 13-25; Revel, Jacques, *Jogos de escalas. A experiência da microanálise*, Río de Janeiro, Editora Fundação Getúlio Vargas, 1998.

<sup>97</sup> Moreyra, Beatriz, *Cuestión social y políticas sociales en la Argentina. La modernidad periférica. Córdoba, 1900-1930*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2009, p. 16.

<sup>98</sup> Scott, Joan, “El problema de la invisibilidad”, en Ramos Escandón, Carmen (comp.), *Género e historia, México*, Instituto Mora, 1997; Perrot, Michelle, *Mi historia de las mujeres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008; Lobato, Mirta, “Trabajo, cultura y poder: dilemas historiográficos y estudios de género en la Argentina”, en Femenías, María Luisa et al., *Historia con mujeres, mujeres con historia*, CD 2, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2009.

<sup>99</sup> Perrot, Michelle, *Mi historia...*, op. cit., p. 27. Énfasis agregado.

<sup>100</sup> *Ibid.*



son factores que impiden conocer detalles de las existencias concretas y las historias singulares de las mujeres.

Al mismo tiempo, se ha enfatizado en que “la participación femenina hubiera pasado inadvertida de no haber prestado atención a las corrientes historiográficas que insisten en recuperar la agencia de las mujeres aun allí donde aparentemente podría resultar improbable encontrarla”.<sup>101</sup> Así, vislumbrar las experiencias de las mujeres requiere un ejercicio creativo de interpretación de las fuentes existentes, que es siempre fragmentario, una reconstrucción de sus vivencias en los márgenes, comprendidos como espacios fronterizos que permiten la generación de nuevas identidades, que revelan qué está en juego tanto para varones como para mujeres.<sup>102</sup> Este objetivo demanda también la inclusión de nuevas fuentes para la construcción de un relato histórico que considere a las mujeres como sujetos activos de la historia. El presupuesto de que las imágenes visuales, los testimonios orales y diversa documentación pública y privada (prensa, anuarios, informes, etc.) contribuyen a develar la situación de las mujeres en el agro regional aporta una posibilidad para superar los silencios de otras fuentes y complejizar el análisis de la historia social y cultural de la Argentina rural de mediados del siglo xx.

Si se sigue la argumentación de Julio Aróstegui, la idea de fuente adquiere su importancia fundamental “si se repara en que todo conocimiento tiene siempre algo de exploración de ‘huellas’”. Fuente histórica sería, inicialmente, “todo aquel objeto material, instrumento o herramienta, símbolo o discurso intelectual, que procede de la creatividad humana, a cuyo través puede inferirse algo acerca de determinada situación social en el tiempo”. Peter Burke llama la atención acerca de la *cadena de intermediarios* que resulta indispensable para conservar los “vestigios” del pasado, que nos permiten elaborar hoy alguna interpretación de este. Estas definiciones demuestran el carácter amplio y variado de las fuentes para la historia. Un ejercicio de crítica fontal requiere considerar que: por un lado, los hechos estudiados solo pueden captarse a partir de la inferencia de sus *restos o huellas*; que las fuentes para la historia son extraordinariamente *heterogéneas*; que su búsqueda está ligada a las hipótesis que guían la investigación; que el problema define la *adecuación* de las fuentes y, por último, que las fuentes en sí mismas pueden aportar una *distorsión* de la realidad, pues son construcciones diversas de esta.<sup>103</sup>

<sup>101</sup> Palermo, Silvana, “Género y ciudadanía política...”, *op. cit.*

<sup>102</sup> Zemon Davis, Natalie, *Mujeres de los márgenes. Tres vidas del siglo xvii*, Madrid, Cátedra, 1999, pp. 266-269.

<sup>103</sup> Aróstegui, Julio, *op. cit.*, p. 380; p. 392-396. Burke, Peter, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 16.

## Datos censales, documentos escritos y registros orales

Los censos –fuentes primarias para el estudio de la población y la producción nacional en el período en estudio–, considerados como discursos sociales, constituyen una construcción intelectual sobre el funcionamiento de lo social. Producen textos basados en principios de selección y modelización que responden a formas de pensar del grupo de censistas a cargo de elaborarlos.<sup>104</sup> Las estadísticas, entendidas como resultados de una observación, permiten aceptar que, por un lado, estas son imágenes de síntesis que no representan situaciones individuales sino abstracciones. Además, “contribuyen a relativizar cualquier distinción tajante entre medida e interpretación, ya que toda medida de lo social es en sí misma un principio de intelección de la realidad que afecta la representación del objeto medido”.<sup>105</sup> Se ha advertido sobre las dificultades y limitaciones de los registros censales argentinos para la ponderación del trabajo femenino tanto como la ilusión de realismo que portan dichos datos. Los criterios metodológicos divergentes y las modificaciones de criterios de relevamiento que afectan a las estadísticas nacionales dificultan las comparaciones intercensales, pero esa razón no las inhabilita para su utilización, como parte de las respuestas a los interrogantes que se plantean en esta investigación histórica.<sup>106</sup>

Los textos –considerados como materializaciones de los discursos que circulan en la sociedad argentina entre 1930 y 1960– concentran resignificaciones, opciones léxicas de referencia al mundo rural y las tareas de sus actores. Las *representaciones sociales* “son compartidas –dentro de una comunidad– por grupos sociales: conjuntos de individuos con roles, situaciones, deseos, aspiraciones, hábitos, lugar de vivienda, situación ocupacional, grupo etario o cualquier otra que sea diferenciadora y permita potencialmente la creación de una identidad colectiva”<sup>107</sup> se producen y reproducen

<sup>104</sup> En este sentido, Hernán Otero definirá la ideología estadística como “el conjunto (no exento de contradicciones internas) de los criterios pseudocientíficos, políticos, culturales e ideológicos que fundamentan la selección y definición de las variables, los valores y las unidades de análisis; determinan el tipo útil estadístico privilegiado... orientan la interpretación de los resultados y legitiman su uso, a través de procedimientos discursivos... que actúan sobre la triple naturaleza del lenguaje estadístico”. Otero, Hernán, *Estadística y nación. Una historia conceptual del pensamiento censal de la Argentina moderna, 1869-1914*, Buenos Aires, Prometeo, 2006, p. 50.

<sup>105</sup> *Ibid.*, pp. 36-37.

<sup>106</sup> Balsa, Javier, “Fuentes y metodología para el abordaje de algunos problemas de la historiografía del agro pampeano del siglo xx”, en Graciano, Osvaldo y Silvia Lázzaro (comps.), *La Argentina rural del siglo xx. Fuentes, problemas y métodos*, Buenos Aires, La Colmena, 2007, pp. 213-240.

<sup>107</sup> Raiter, Alejandro *et al.*, *Representaciones sociales*, Buenos Aires, Eudeba, 2001, p. 20.

en los discursos hegemónicos. Es en su circulación y difusión –a través de los textos– donde podemos advertir significados acerca de las relaciones de género y la división del trabajo en las familias rurales, distinguiendo singularidades regionales.

Los emisores institucionales son los productores de estímulos que pueden evocar esas creencias compartidas preexistentes, favorecer la modificación de imágenes o la construcción de otras nuevas. Así, a través de la comunicación se intercambian las diferentes representaciones dentro de una comunidad, producidas “desde roles diferenciados y jerarquizados [por lo que] no podemos garantizar qué representaciones serán las más comunes dentro de una comunidad porque dependerá no solo de la calidad y oportunidad de estas, sino también de quiénes sean los que las difunden”. En este sentido, la agenda –comprendida como las representaciones activas en un momento dado– es impuesta por distintos productores de estímulos, entre estos “los emisores institucionales por excelencia [que] son el sistema educativo en general y los medios”.<sup>108</sup>

De esta forma, cada una de estas agencias (estatales, mediáticas y corporativas) planifica la transmisión de contenidos de las representaciones basándose en las creencias e imágenes previamente construidas, compartidas por una comunidad (lingüística), que ya tienen prestigio y un grado de verosimilitud y están presentes en el momento de procesar nuevos estímulos. Así, se comprende que “los discursos no reflejan la ‘realidad’, no son un espejo fiel de esta, sino que construyen, mantienen, refuerzan interpretaciones de esa ‘realidad’, es decir, construyen representaciones de la sociedad, de las prácticas sociales, de los actores sociales y de las relaciones que entre ellos se establecen. Los discursos generan, por tanto, un saber, un conocimiento”.<sup>109</sup>

Los efectos sociales del discurso se muestran en el relato y la interpretación de los acontecimientos, de las relaciones sociales y también en la construcción de identidades sociales. El *orden social de los discursos* se conforma en la proyección de las diferencias de poder, estatus y autoridad que constituyen las jerarquías sociales. A la par, y dado el carácter transformador del discurso, la producción discursiva es intervenida mediante la regulación y el control de la circulación. La regulación tiende a silenciar los discursos desestabilizadores y a quitarles autoridad en tanto saber acerca de la realidad social. Así, los grupos dominantes asignan una valoración mayor a ciertas variedades discursivas, y los medios de comunicación reproducen el orden discursivo y la legitimación. La regulación y normalización de los discursos implica la transmisión persuasiva de conocimientos sobre la sociedad y los

<sup>108</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>109</sup> Martín Rojo, Luisa, “El orden social de los discursos”, *Discurso*, N° 21/22, 1997, p. 2.

saberes. Los discursos serán comprendidos en su doble condición, como textos que expresan –de alguna manera particular– realidades sociales de su contexto y como dispositivos de poder de grupos sociales determinados, influidos ideológicamente, que pretenden motivar en sus destinatarios ciertas concepciones, valores y significados culturales.

En este sentido, el análisis del lenguaje, en tanto modo de construcción de significados motivados social y culturalmente, otorga la posibilidad de reconstruir los procesos de constitución de estos significados, históricamente situados.<sup>110</sup> Se entiende que las palabras y los textos no tienen significados fijos o intrínsecos, la relación entre ellos y las ideas o los objetos no es transparente o autoevidente, ni existe una correspondencia última entre el lenguaje y el mundo.<sup>111</sup> Tanto el análisis de contenido como el análisis crítico del discurso (*enfoque histórico del discurso*) aportan valiosas herramientas cuya implementación permitirá desentrañar los discursos sociales relacionados con las mujeres rurales, su trabajo y la estructuración regional del trabajo familiar durante este período histórico.<sup>112</sup>

Asimismo, *la historia oral* es otro camino que, sumado al análisis de otras huellas del pasado (fotografías, imágenes, relatos en cartas o medios de comunicación), ofrece la posibilidad de indagar, a través de los testimonios de los otros, información sobre el pasado.<sup>113</sup> Permite una aproximación a los acontecimientos antes inaccesibles por medio de los recuerdos, las memorias de las personas y, de esta manera, hace posible rescatar las experiencias de grupos que no dejan rastros históricos escritos.<sup>114</sup> El método biográfico

<sup>110</sup> Los significados emergen de la fricción entre el texto y el contexto. Para Halliday y Hasan, esto significa que “parte del contexto de cualquier texto es un conjunto de textos previos, textos que se dan por sentados y son compartidos por los participantes”. Ghio, Elsa y María Delia Fernández, *Manual de Lingüística Sistemática Funcional. El enfoque de M.A.K. Halliday y R. Hasan. Aplicaciones a la lengua española*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2005, p. 28.

<sup>111</sup> “The point is to find ways to analyze specific ‘texts’... in terms of specific historical and contextual meanings... words and texts have no fixed or intrinsic meanings, there is no transparent or self-evident relationship between them and either ideas or things, no basic or ultimate correspondence between language and the world.” Scott, Joan, “Deconstructing equality-versus-difference: Or de uses of poststructuralist theory for feminism”, *Feminist Studies*, vol. 14, N° 1, primavera de 1998, p. 35, disponible en <<http://www.jstor.org/stable/3177997>>, consultado el 11/09/2013.

<sup>112</sup> Santoro de Constantino, Núncia, “Pesquisa Histórica e Análise de Conteúdo: pertinência e possibilidades”, *Estudos Ibero-Americanos*, vol. xxviii, Porto Alegre, 2002; Wodak, Ruth y Michael Meyer (comp.), *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona, Gedisa, 2003; Angenot, Maurice, *El discurso social. Los límites de lo pensable y lo decible*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

<sup>113</sup> Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia y el olvido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 158.

<sup>114</sup> Thompson, Paul, *op. cit.*, p. 22; Santoro de Constantino, Núncia, “Teoria da História

y la historia oral permiten aprehender las experiencias individuales en el contexto histórico cultural de pertenencia. Desde esta perspectiva, el propio itinerario está conjugado con el de los otros, en tanto miembros de una familia, de una comunidad, respecto a una adscripción de clase, étnica, de género y a una pertenencia generacional. De esta manera, el relato de vida singular remite a la historia familiar, y a través de su análisis se pueden comprender los procesos de cambio y movilidad social desde el punto de vista de los sujetos sociales.<sup>115</sup>

Esta metodología abarca “la comprensión e interpretación de vidas individuales como un análisis social más amplio”,<sup>116</sup> articula las memorias individuales con su marco social, concediéndonos la oportunidad de escuchar las “voces ocultas” de aquellas mujeres cuyas vidas están al margen del poder y la visibilidad; situación que contribuye a la indocumentación de sus vivencias.<sup>117</sup>

Sus memorias dependen, entonces, de las relaciones con sus grupos de convivencia y de las instituciones sociales que atraviesan sus vidas. A través de esos recuerdos, narrados desde sus presentes diversos, la intención de esta investigación es reconstruir –a partir del análisis de los relatos– sus experiencias del pasado, comprendiendo que en la conformación de esas imágenes interviene un conjunto de representaciones que habitan su conciencia actual ligadas a la memoria del grupo y a la tradición, es decir, a la memoria colectiva.<sup>118</sup> La reivindicación de estas experiencias individuales se articula,

---

e Reabilitação da Oralidade: convergência de um processo”, en Abrahão, Maria Helena Menna Barreto, *A Aventura (Auto) Biográfica: teoria e empiria*, Porto Alegre, EDIPUCRS, 2004, p. 63.

<sup>115</sup> Barbieri, Mirta, *Representaciones de lo femenino en los 90. De madres e hijas, abuelas, tías y hermanas*, Buenos Aires, Antropofagia, 2008; Sautu, Ruth (comp.), *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*, Buenos Aires, Ediciones Lumiere, 1999. Andrea Reguera señala que “la consideración de una vida individual ha servido como instrumento para ilustrar, justificar o iluminar aquello que, sin su presencia explícita, servía para comprender el devenir de las fuerzas estructurales, pero sin la posibilidad de ubicar en el conjunto a los individuos que marcaban diferencias”. Reguera, Andrea, “De las biografías a los estudios de caso. La construcción de la diferenciación social: destinos individuales y realidad colectiva”, en Bonaudo, Marta, Andrea Reguera y Blanca Zeberio (coords.), *Las escalas de la historia comparada*, t. 1, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2008, p. 51.

<sup>116</sup> Thompson, Paul, *op. cit.*, p. 19.

<sup>117</sup> Fuentes Caballero, María Teresa, *Al hilo de la conversación. Voz, memoria y vida cotidiana de las mujeres del campo*, Cádiz, Fundación Provincial de Cultura, 2008.

<sup>118</sup> Es necesario tener en cuenta, señala Ecléa Bosi, que por más nitido que parezca, el recuerdo de un hecho antiguo no es la imagen misma de aquello que experimentamos en nuestra infancia, porque nosotros no somos los mismos de entonces y porque nuestra percepción se altera y, junto con ella, nuestras ideas, nuestros juicios de la realidad y de valor. Bosi, Ecléa, *Lembranças dos Velhos*, San Pablo, T.A. Queiroz Editor, 1983, pp. 17-18.

de esta forma, con la importancia de lo subjetivo y de lo simbólico-cultural como dimensiones necesarias y legítimas del análisis histórico.<sup>119</sup>

Mediante el empleo de entrevistas con el formato de historia de vida (ligado a un abordaje de *historia oral temática*)<sup>120</sup> y a través del muestreo por redes (“bola de nieve”), se realizaron 23 entrevistas que incluyeron a mujeres (y varones) que nacieron/vivieron en el campo entre 1930 y 1960, en la Región Pampeana o en el Norte argentino y que trabajaron (con su familia o como peones, jornaleros) en las producciones agrarias pampeanas y en las azucarera y algodonera norteañas.

La edad también se utilizó como criterio de selección: se intentó contar con personas que hubieran nacido entre fines de la década de 1920 y/o inicios de la de 1930, y otras que hubieran nacido entre las décadas de 1940 y 1950, para tener en cuenta dos generaciones y sus perspectivas durante las transformaciones que supusieron para el agro argentino la crisis de los años treinta y el primer peronismo. Esta distinción generacional permite apreciar, siguiendo lo expresado por Maurice Halbwachs, dos tipos de sentidos en la evocación del pasado. Por un lado, la memoria de las mujeres “viejas” (quienes se ocupan conciente y atentamente de la reconstrucción de su pasado; intentan recordar, cuentan sus memorias) y, por otro, la de las mujeres “adultas” (quienes aún se encuentran inmersas en el mundo del trabajo actual y su relación con los recuerdos de la infancia es más una forma de contemplación).<sup>121</sup> La selección de las personas entrevistadas no pretende constituir un muestreo representativo (propio de los estudios cuantitativos), sino ampliar el sentido de comprensión del problema de investigación.<sup>122</sup>

---

Núncia Santoro de Constantino también advierte, siguiendo a Halbwachs, que la memoria social modela la memoria individual y que la memoria colectiva está compuesta por los significados compartidos por un grupo determinado. Por lo tanto, el acto de recordar significa rehacer, reconstruir experiencia del pasado siempre con las ideas del presente. Santoro de Constantino, Núncia, “Teoria da História...”, *op. cit.*, pp. 53-54. Véanse también: Schwarzstein, Dora, “Memoria e historia”, *Desarrollo Económico*, vol. 42, N° 167, octubre-diciembre de 2002; James, Daniel, *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Buenos Aires, Manantial, 2004.

<sup>119</sup> Cardoso, Ciro, “História e paradigmas rivais”, en Cardoso, Ciro Flamarion y Ronaldo Vainfas, *Dominios da História: Ensaios de teoria e metodologia*, Río de Janeiro, Campus, 1997, pp. 22-23.

<sup>120</sup> Bom Meihy, José Carlos Sebe y Fabíola Holanda, “Projeto de história oral”, en *História oral: como fazer, como pensar*, San Pablo, Contexto, 2007.

<sup>121</sup> Bosi, Ecléa, *op. cit.*, pp. 22-23.

<sup>122</sup> Sobre el muestreo en investigaciones cualitativas y sus características, véase Hernández Sampieri, Roberto, Carlos Fernández-Collado y Pilar Baptista Lucio, *Metodología de la investigación*, México, MacGraw-Hill, 2006, pp. 561-578.

## Imágenes e historia

Otra forma de hacer frente al silencio de los documentos escritos (y al subregistro de las fuentes cuantitativas) es la “lectura” de las imágenes. Esta implica cierta labor de extracción de significados que complementa la explicación histórica<sup>123</sup> y resulta indispensable a la hora de recuperar rastros de las experiencias de las mujeres del campo.

El estudio de las imágenes como insumos para esta investigación comprende aspectos especiales a considerar. John Walter y Sarah Chaplin advierten que los múltiples significados de la palabra “imagen” hacen más visible el problema de las distintas habilidades visuales y su variación individual y social. Así, “pinturas, fotografías y reflejos tienen lugar fuera del cuerpo; las percepciones visuales y las memorias... dentro de la mente”.<sup>124</sup> Esta circunstancia marcará la distancia entre la producción y la recepción de las imágenes, al tiempo que introduce interrogantes fundamentales: ¿quién las produce y/o reproduce (hace circular)? ¿Quiénes son los destinatarios? ¿De qué maneras podríamos conocer sus reacciones?<sup>125</sup>

Por su parte, John Berger sostendrá que “una imagen es una visión que ha sido recreada o reproducida. Es una apariencia o un conjunto de apariencias que ha sido separada del lugar y el instante en que apareció por primera vez y preservada por unos momentos o unos siglos”.<sup>126</sup> William Mitchell comprenderá la imagen como el resultado de un “complejo juego entre la visualidad, los aparatos, las instituciones, los discursos, los cuerpos y la figuralidad”.<sup>127</sup> El descubrimiento de la actividad del espectador (la visualidad, la mirada, el vistazo, etc.) y las variadas formas de *lectura* complejizan el análisis de la comprensión social de las imágenes (“alfabetismo visual”).

Las divergencias por la definición sobre qué es una imagen –en tanto representación hegemónica– es parte de un debate sobre el monopolio del significado. La significación de una imagen cambia en función de lo que se ve a su lado o inmediatamente después. No puede pensarse una imagen por fuera del marco sociocultural del que forma parte. Y así, la autoridad que conserve o detente se distribuirá por todo el contexto en que aparezca.<sup>128</sup>

<sup>123</sup> Walter, John y Sarah Chaplin, *Una introducción a la cultura visual*, Barcelona, Octaedro-EUB, 2002, p. 48.

<sup>124</sup> *Ibid.*, p. 48. Véase también Belting, Hans, *Antropología de la imagen*, Buenos Aires, Katz Editores, 2007, p. 15.

<sup>125</sup> Mitchell, William, *Teoría de la imagen. Ensayos sobre la representación verbal y visual*, Madrid, Akal, 1994; Freedberg, David, *El poder de las imágenes*, Madrid, Cátedra, 1989.

<sup>126</sup> Berger, John, *op. cit.*, pp. 15-16.

<sup>127</sup> Mitchell, William, *op. cit.*, p. 23.

<sup>128</sup> Berger, John, *op. cit.*, p. 37.

Como signos, como elementos de un sistema de comunicación, las imágenes –señalará Roland Barthes– tienen un *valor impresivo*, un *poder de choque* y, al mismo tiempo, una gran debilidad asociada al carácter polisémico que detentan. Así, “una imagen *irradia* sentidos diferentes, y no siempre sabemos cómo dominar esos sentidos”.<sup>129</sup>

A diferencia de lo que ocurre con el lenguaje articulado (que une significado y significante en una relación inmotivada, con un código digital), donde la polisemia es considerablemente reducida por el contexto y la presencia de otros signos que dirigirán la elección e intelección de los lectores y/u oyentes, las imágenes se presentan de manera global –no discontinua, como código analógico– en condiciones en las que es difícil determinar qué es el contexto. El conocimiento del “espectador” en general de la sintaxis de asociación es insuficiente, por lo que resulta difícil evaluar el poder de *rectificación de ambigüedades* del contexto.<sup>130</sup> El estudio de las imágenes requiere considerar la compleja relación entre realidad y representación, objetos concretos que “dan cuerpo” a las imágenes y representaciones sociales, en tanto percepciones del mundo social.<sup>131</sup>

Entonces, ¿por qué utilizar las imágenes como fuentes para este estudio histórico?

El estudio de las imágenes demanda pensarlas dentro de una práctica social-simbólica; en este sentido, su contexto de producción forma parte esencial de la interpretación. Ciertas cuestiones sociales y culturales –grupos, prácticas– no pueden aprehenderse sin el auxilio de la imagen. Estas se convierten en documentos indiciarios de procesos sociales, tales como los cambios y permanencias en las formas de trabajo, representaciones sobre la familia rural y de la visión del medio agrario.

Las imágenes se constituyen en fuentes más ricas y precisas que la literatura, pues ofrecen un testimonio directo del mundo que rodea a las per-

<sup>129</sup> Barthes, Roland, *La Torre Eiffel. Textos sobre la imagen*, Barcelona, Paidós, 2001, p. 89.

<sup>130</sup> *Ibid.*

<sup>131</sup> Según Roger Chartier, el estudio de las representaciones sociales permite vincular las posiciones y relaciones sociales con la manera en que los individuos y los grupos se perciben, ven a los demás y a las divisiones del mundo social. Las representaciones colectivas incorporan en los individuos estas distinciones bajo la forma de esquemas de clasificación y juicio, y transmiten diferentes modalidades de exhibición de las identidades sociales, tal como las hacen ver y crear los signos, las conductas y los ritos. Estas representaciones simbólicas hallan, en la existencia de representantes, individuales o colectivos, concretos o abstractos, los garantes de su estabilidad y continuidad. Si entendemos que los discursos construyen las relaciones de dominación, podemos comprender las luchas cuyo instrumento y reto son las representaciones. Para Belting, el estudio de la imagen y el *medio* son dos caras de una misma moneda. El medio nos permite percibir las imágenes y no confundirlas ni con los cuerpos reales ni con las meras cosas. Así, “lo que en el mundo de los cuerpos y de las cosas es su material, en el mundo de las imágenes es su medio”. Belting, Hans, *op. cit.*, p. 24.

sonas en distintas épocas. Evocan la presencia de sujetos, objetos materiales y prácticas ausentes, sobreviviendo como registro de un *modo de ver* (que es individual pero socialmente estructurado) en un contexto cultural particular.<sup>132</sup> Poseen, sin dudas, una forma temporal en los *medios* –soportes– y en las técnicas históricas de los que son productos. Cumplen la función de simbolizar la experiencia del mundo y representarlo y su producción es, en sí misma, un acto simbólico que exige de nosotros “una manera de percepción igualmente simbólica que se distingue notablemente de la percepción cotidiana de nuestras imágenes naturales”.<sup>133</sup>

Su lugar en el espacio social, su autoridad simbólica que fundamenta significados las constituyen en *objetos con poder*. Su cualidad de ser reproducibles les otorga un halo de inmortalidad: “Gracias a la reproducción todas las imágenes se han convertido en realidad (tangibles, frente a la representación) y en testigo de lo que son, de lo que han sido y, por ende, de lo que siempre serán”.<sup>134</sup> Entre todas las imágenes, las fotografías detentan esta característica por antonomasia, su capacidad de dar fe de que han capturado aquello que ha existido verdaderamente las ha constituido en objeto de numerosas reflexiones.<sup>135</sup>

## Fotografía e historia rural

De las imágenes femeninas que pueden ser consideradas como fuentes para este estudio histórico, las fotografías ocupan un lugar primordial. Estas constituyen un modo singular de construcción significativa. Aun desde la visión particular de quienes las toman, contribuyen a revelar situaciones históricas y transmiten representaciones, ya que participan del tejido simbólico de su época. En este sentido, “la imagen fotográfica es lo que resta de lo acontecido, fragmento congelado de una realidad pasada, información mayor de vida y muerte, además de ser el producto final que caracteriza la intromisión de un ser fotógrafo en un instante de los tiempos”.<sup>136</sup> Las fotografías que se insertan en los medios de comunicación (periódicos y revistas) extienden la cultura visual propiciando la construcción de “nuevas” identidades.<sup>137</sup>

<sup>132</sup> Berger, John, *op. cit.*, p. 16.

<sup>133</sup> Belting, Hans, *op. cit.*, p. 25.

<sup>134</sup> Freedberg, David, *op. cit.*, p. 487.

<sup>135</sup> Barthes, Roland, *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*, Barcelona, Paidós, 1995.

<sup>136</sup> Kossoy, Boris, *Fotografía e historia*, Buenos Aires, La Marca, 2001, p. 30.

<sup>137</sup> Neidermaier, Alejandra, *La mujer y la fotografía. Una imagen espejada de autoconstrucción y construcción de la historia*, Buenos Aires, Leviatán, 2008.

La función social de la fotografía reside en su capacidad de registro de un momento histórico preciso del que nos muestra un fragmento seleccionado de lo real por parte de un fotógrafo, quien elegirá el asunto o tema elegido para capturar.<sup>138</sup> Una fotografía original es un artefacto, un *objeto-imagen* que puede dar cuenta de las técnicas que lo hicieron posible. Mientras tanto, una reproducción –como fuente secundaria– multiplica el contenido de la imagen mediante su publicación y se convierte, entonces, en un instrumento de difusión histórico-cultural. En su calidad de “residuos del pasado” ofrecen indicios respecto de sus elementos constitutivos (asunto, fotógrafo, tecnología), mientras el registro visual que contienen reúne un inventario de informaciones acerca de aquel preciso fragmento de espacio/tiempo retratado.<sup>139</sup>

Las fotografías son testimonios de la cultura material del pasado y también objetos históricos. Evidencias de autenticidad, mantienen una relación con la cultura que las produce. La imagen de lo real que retiene la fotografía provee el testimonio visual y material de los hechos a los espectadores ausentes de la escena. De esta forma, el testimonio de las fotografías resulta más fiable cuando nos dicen algo que ellas, en realidad los artistas, no saben que saben. Como documentos de la historia social, ayudan a construir una “historia desde abajo” centrada en la vida cotidiana y en las experiencias de la gente sencilla.<sup>140</sup>

La utilización de las fotografías como documento histórico contribuye a ampliar los análisis y enriquecer los debates acerca de las formas de representación, la “transparencia” del lenguaje, los caminos de la memoria, la naturaleza testimonial y el valor que ellas mismas detentan como documentos de denuncia.<sup>141</sup> Apoyan la investigación y construcción de un relato histórico aportando un medio de conocimiento visual de las escenas pasadas y, por lo tanto, se convierten en una posibilidad de descubrimiento. Fotografías e imágenes de las mujeres rurales ofrecen representaciones, desde el ángulo parcial de la cámara o desde el pensamiento de quien ilustra, acerca de su lugar en la Argentina entre 1930 y 1960.

<sup>138</sup> Kossoy señala: “Toda fotografía es un testimonio según un filtro cultural (el fotógrafo), al mismo tiempo que es una creación a partir de un visible fotográfico. Toda fotografía representa el testimonio de una representación. Por otro lado, ella representará siempre la creación de un testimonio”. Kossoy, Boris, *op. cit.*, p. 42.

<sup>139</sup> Sobre los usos sociales de la fotografía, véase Bourdieu, Pierre (comp.), *Un arte medio. Ensayo sobre los usos sociales de la fotografía*, Barcelona, Gustavo Gili, 1998.

<sup>140</sup> Burke, Peter, *op. cit.*, p. 39; p. 15. Con la intención de recuperar y conservar voces y fotografías de mujeres se creó en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Universidad de Buenos Aires, el Archivo Palabras e Imágenes de Mujeres (APIM), que dirige la doctora Mirta Lobato.

<sup>141</sup> Lobato, Mirta (ed.), *Cuando las mujeres reinaban. Belleza, virtud y poder en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Biblos, 2005, p. 15.

Hasta aquí se han analizado los interrogantes teórico-metodológicos que atañen a la investigación histórica de los lugares de las mujeres en la producción y las familias agrarias pampeanas y norleñas entre 1930 y 1960. Con este objetivo se han contemplado, por un lado, las dificultades relacionadas con las políticas de la historia, con las fuentes y bibliografía disponibles, aspectos estructurales que enmarcan esta indagación y, por otro, aquellas cuestiones vinculadas estrictamente a la construcción de estereotipos de mujer rural que inciden en la configuración de significados y representaciones sociales, presentes en los documentos y otras huellas recuperadas del pasado y que aquí se interpretan.

Estas limitaciones –propias de la historia de las mujeres y de género– sirven como fundamentos de las decisiones metodológicas por las que se opta, considerando la triangulación de técnicas y fuentes primordiales para avanzar sobre las hipótesis que guían esta investigación. Así, el estudio de datos estadísticos –teniendo en cuenta sus rasgos distintivos–, el análisis del discurso y el análisis de contenido –como forma de interpretar los textos que reproducen discursos de la época y los testimonios de las entrevistadas–, y las técnicas propias de la historia oral deben ser combinados para construir un relato que contemple el lugar fundamental de las mujeres en el desarrollo agrario nacional.

Simultáneamente, se ha destacado el potencial atribuido en los últimos años a las imágenes como documento para la historia. En particular, aquellas investigaciones dedicadas a recuperar el lugar de las mujeres del pasado han recurrido asiduamente a ellas en busca de respuestas que contrastar con otros hallazgos fragmentarios. En este sentido, las imágenes constituyen fuentes fundamentales para responder algunas preguntas que guían esta investigación: ¿cuáles son las condiciones de vida de las familias rurales entre 1930 y 1960?; ¿qué nos muestran las imágenes acerca de la organización del trabajo familiar en las distintas producciones agrarias?; ¿y sobre la tecnología, los elementos de labor? En otro nivel de análisis: ¿cómo son utilizadas las imágenes para interpelar al público?; ¿persiguen objetivos pedagógicos, políticos? Si se acepta, siguiendo a Freedberg, que las imágenes están investidas de poder, ¿cómo se logra entonces que funcionen? Finalmente... ¿puede hacerse una historia *a través* de las imágenes?<sup>142</sup>

La interpretación sobre el lugar ocupado por las mujeres y familias rurales en ellas se enmarca y contextualiza enfatizando en las condiciones de producción –quiénes construyen las imágenes, las representaciones y sus

<sup>142</sup> Freedberg, David, *op. cit.*

significados– y circulación –a quiénes llegan, interpelan– ligándolas (por medio de la triangulación como propuesta metodológica) con el resto de los rastros y huellas que aportan otras fuentes. La complejidad de un estudio sobre la “respuesta/recepción” de las imágenes visuales (como de los textos) trasciende los objetivos de esta investigación y ayuda a tomar distancia del pasado que se analiza, evitando transpolar categorías del presente, es decir, considerar que el *modo de ver* actual contiene otras categorías, representaciones, juicios de valor, etc. que no serían compartidos por los públicos interpelados a mediados del siglo XX.

Al mismo tiempo, si se parte de la convicción de que “una persona o una clase que es aislada de su propio pasado tiene menos libertad para decidir o para actuar que una persona o clase que ha sido capaz de situarse a sí misma en la historia”,<sup>143</sup> recurrir a la mayor cantidad de fuentes disponibles para incluir a las mujeres en el relato de la Argentina rural de mediados del siglo XX comprende también el desafío de recuperar para la memoria de las mujeres que hoy en día son protagonistas indiscutidas en los movimientos agraristas el lugar de activistas silenciosas –pero no por ello menos efectivas– de sus abuelas y bisabuelas. El estudio riguroso de cada uno de los tipos de fuente presentados, distinguiendo sus características especiales, nos acerca a este objetivo.

Si consideramos –recuperando un pensamiento célebre de Marc Bloch– que el historiador es quien interroga y hace hablar a las fuentes, las que se han seleccionado no callan, sino que sacan a la luz, como documentos históricos en confrontación con otras huellas del pasado, detalles y particularidades de las sacrificadas vidas de aquellas mujeres que trabajan en el campo argentino, otorgando sustento al estudio que aquí se pretende abordar.

De acuerdo con estos planteos, el recorrido que se propone en este libro está organizado en cinco capítulos. En el cruce entre la macro y la microhistoria, las diversas dimensiones del problema articulan los conceptos de género y trabajo con énfasis en las particularidades agrorregionales –pampeanas, norleñas–, cada vez que la temática permite realizar esas distinciones y destacar diferencias y similitudes.

El capítulo I caracteriza, analiza y compara la producción histórico-social de los desequilibrios regionales en la Argentina desde finales del siglo XIX, para luego centrarse en la construcción socioeconómica y política de la Región Pampeana, núcleo agroexportador de cereales, granos y ganado, y del Norte argentino, en dos de sus especializaciones productivas: en el Nordeste, el algodón, y en el Noroeste, la caña de azúcar. Sus características

<sup>143</sup> Berger, John, *op. cit.*, p. 42.

poblacionales, los regímenes de la tierra predominantes y las relaciones de estas regiones con los poderes públicos provinciales y nacionales son motivo de especial atención en este apartado. Las configuraciones territoriales con que se inicia el período, sus transformaciones y permanencias son factores inestimables para comprender la organización de las familias productoras y el escenario en el que actúan.

En los años treinta, se renueva la preocupación por la cuestión social agraria. Con discursos y propuestas que fueran enunciadas desde principios del siglo xx, las clases dirigentes buscan el arraigo de la población rural como parte del “control social” y, para que este afincamiento sea efectivo, la educación de las mujeres se convierte en un objetivo central de quienes detentan el gobierno y el poder. En el capítulo II se examinan estos discursos, sus tópicos más sobresalientes –como parte del estallido de las conflictividades agrarias– y la pervivencia de los propósitos –estatales y privados– de instruir a las mujeres como sujetos centrales de elevación de la cultura de las familias en el campo. Arraigo y diversificación irán unidos en esta prédica que tiene escasos ribetes regionales.

En el capítulo III, el tema se centra en los múltiples trabajos que realizan las mujeres en el campo; tanto los considerados como parte de sus quehaceres domésticos como aquellos que trascienden el invisible límite dentro de la chacra y que permite esta resignificación. Además, se rastrean concepciones del trabajo femenino más allá de los predios. En el caso del trabajo doméstico, su representación y sus mandatos exceden la constitución de los espacios regionales pues son considerados inherentes a la condición femenina. Sin embargo, las condiciones económicas y ecológicas –también históricas– en las que viven las mujeres impondrán otras limitaciones al desempeño de este rol poco valorizado. En este sentido, los mismos trabajos femeninos proponen construcciones identitarias subalternas. Un último apartado se dedica a la recuperación de testimonios visuales, regionalmente organizados, que complementan el registro de las labores femeninas en las chacras pampeanas, algodoneras y fincas cañeras, como parte de las realidades regionales que se estudian.

En el capítulo IV se plantea una relación significativa entre la configuración de las regiones agroproductivas en estudio y la organización y división del trabajo en las familias productoras entre los años treinta y los años sesenta. “Entre la familia y la chacra” se analizan los datos censales, las rigurosas tareas culturales que se demandan para cada cultivo (cereales, forrajeras, chacras mixtas; algodonales, cañaverales) y los miembros de las familias que deben o no, pueden o no implicarse en su atención y mantenimiento. El cotejo de los guarismos sobre el trabajo femenino en estas producciones agrarias y las probables causas de su infrarrepresentación (como agriculto-

ras, productoras, trabajadoras) se contrapone al relato construido a partir de testimonios orales, de varones y mujeres que vivieron y trabajaron en los distintos estratos sociales de estas explotaciones rurales.

Si hasta aquí el recorrido destaca la participación no visible de las trabajadoras rurales en los espacios regionales y su subordinación a los estereotipos de género, razones que restringirían sus ámbitos de poder o decisión a la esfera del hogar, el último capítulo del libro se propone un análisis de los límites y posibilidades de actuación de las mujeres en las corporaciones agrarias. La tradicional Sociedad Rural Argentina (SRA) y la Asociación de Cooperativas Argentinas (ACA), entidades que representan, respectivamente, los intereses de la élite agraria y los de los medianos productores pampeanos solidarios, se constituyen en ejemplos que sostienen modelos de inclusión diversos a la hora de pensar los aportes femeninos al sostén de las propias instituciones y a la familia agraria.

En suma, esta investigación pretende aportar, tanto a la historiografía agraria como a la historiografía de las mujeres y de género argentinas, un estudio que describa e interprete las condiciones de vida y la labor de las familias, y dentro de ellas de las mujeres, tanto en el agro pampeano como en el norteño –con una mirada regional del desarrollo económico nacional–, proponiendo una historia sociocultural del mundo agrario que observe, desde esta perspectiva, los cambios, permanencias y expresiones de los desequilibrios regionales en la Argentina rural a mediados del siglo xx.